

Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



¿Diseñar un dios?

Presentamos a los ganadores del V Concurso ASCII-Númenor

Portada por Óscar Lazo Mercado | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· Deus ex machina · Eva desencadenada · Rosas rojas ·
· Solipsys · Chips de nuestros padres · Patrulla nocturna ·
· El mensaje extrasolar · Rastrillo de lecturas #2 ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Samer Hassan
Salvador de la Puente González
Ismael Rodríguez Laguna
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Óscar Lazo Mercado

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

Queridos amigos,

Tenemos el placer de presentaros el número 8 de Sci-Fdi. El pasado número anunciábamos un concurso de ilustraciones con la temática de ciencia ficción. La calidad de los envíos nos lo ha puesto realmente difícil, pero al fin había que tomar una decisión y en la portada del número actual podéis encontrar la ilustración ganadora, *Duty*, que nos envió Óscar Lazo Mercado.

También, y seguimos con ganadores de concursos, nos alegra incluir entre los relatos de este número el primer y el segundo premio del concurso anual que organizan las asociaciones ASCII y Númenor. El ganador, *Deus ex machina*, nos recuerda entre referencias filosóficas y mucho sentido del humor que los sacrificios en aras de la ciencia no siempre se ven recompensados. El segundo, *Eva desencadenada*, se nutre de los orígenes de la ciencia ficción, dejando un regusto a relato clásico que nos hace recordar a E.T.A. Hoffmann.

Por supuesto, nuestro número incluye también los relatos que los amantes del género nos envían a scifdi@fdi.ucm.es. Esta vez la mayor parte de los relatos tienen la virtud de inquietar mientras entretienen. Así ocurre en *Rosas Rojas*, con sus terribles destinos encadenados, en la incierta realidad de *Solipsys*, o en los desazonadores futuros de *Chips de nuestros padres* y *Patrulla nocturna*. Por supuesto no hay revista de ciencia ficción sin extraterrestres (*El mensaje extrasolar*). Completa este número la segunda entrega del *Rastrillo de lecturas* que nos lleva de nuevo a pasear entre libros conocidos y no tan conocidos del género.

Esperamos que tras leer este número podáis dormir a pesar de esos ruidos sospechosos en el pasillo, que no sintáis la necesidad de mirar para atrás cuando camináis por la calle, y que no acabéis dudando sobre quiénes sois realmente o acerca de quién seréis mañana.

Aprovechamos para desmentir que la lectura de estos relatos haya resultado fatal para el equilibrio mental de algunos miembros de nuestra redacción. Y, por favor, dejad de espiarme. Sé que ahora mismo, mientras escribo, me observáis a través de la cámara del ordenador. Parad, sabed que escucho vuestras carcajadas a través de los altavoces. No puedo más.

Índice

Deus ex machina.....	5
Eva desencadenada.....	10
Rosas rojas.....	16
Solipsys.....	19
El universo de Metro 2033 necesita tu contribución.....	23
Chips de nuestros padres.....	25
Patrulla nocturna.....	30
El mensaje extrasolar.....	38
Rastrillo de lecturas #2.....	40

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

CRÓNICA

ENTREVISTA



Deus ex machina

Miguel Ángel Rubio Moraleda

El Doctor Steiner avanzaba, intentando darse prisa, por el largo pasillo blanco del complejo de laboratorios. Lo habían llamado con urgencia del laboratorio 009 mientras esperaba a que se enfriase la taza de café de máquina que acababa de comprar (bastante malo, todo sea dicho; tres siglos después de las primeras máquinas de café no eran suficientes para mejorar el producto, por lo visto), e intentaba llevarlo consigo lo más rápido posible sin que se derramase, pues no tenía ninguna intención de tirarlo o de dejarlo en cualquier mesa de la cafetería. Siempre que había hecho algo así, el café había desaparecido a su vuelta. Y esta vez no iba a pasar. De ninguna manera.

Al cruzar la puerta del laboratorio 009, la metálica mirada acusadora de Tom (en realidad se llamaba Unidad de Procesamiento de Nivel Próximo nº de serie 233409, pero Steiner se dirigía a él con un nombre más corto y práctico para el trabajo diario) hizo que se parase de golpe, derramando un poco de café hirviendo.

—¿Puede saberse por qué ha tardado tanto, Steiner? Le dejé bien claro en el mensaje que este asunto tiene prioridad máxima —dijo Tom, levantándose de su escritorio.

—No lo entenderías. Un robot nunca sería capaz de entender la importancia del café de las once. Bueno, sea lo que sea, ya estoy aquí. ¿De qué se trata?

Suspirando, Tom se acercó a la pantalla principal del laboratorio y tecleó rápidamente una serie de órdenes. Una serie de números aparecieron en la pantalla, para desaparecer, sustituidos por otra serie nueva, y otra nueva, y otra nueva, tan rápido que sólo se podía distinguir una confusa bruma.

—Nos han llegado unos resultados desde los Ordenadores Centrales. Interpretarlos ha sido muy difícil. Las Unidades de Procesamiento de Nivel Medio han tardado

unos segundos, ¿se lo puede imaginar? Yo mismo he tardado un minuto y diecisiete segundos en hacerlo —diciendo esto, Tom se giró, mirando con los ojos como platos a su colega humano—. Estamos ante el hallazgo más importante de toda la Historia, Steiner.

Steiner dejó su café sobre el escritorio más cercano, manchando con él algunos papeles. Miraba a Tom con impaciencia.

—Doctor, los últimos cálculos acerca del tejido profundo y fundamental del Universo indican empírica e indudablemente que... —Tom vaciló—... que Dios no existe.

Steiner dejó caer los hombros, con un aire de decepción en su mirada.

—Oh, es eso —dijo—, bueno, sí, muchos de nosotros ya lo sospechábamos. Casi todos, de hecho. Pero bueno, supongo que esto dará para un artículo... Pero no sé si será publicado, no sé si hay un interés en la...

—Doctor Steiner —dijo Tom, interrumpiéndole—, párese a pensar un momento. Estos datos dan una respuesta fiable a la mayor y más trascendente incógnita de la humanidad desde su mismo origen.

—Vale, vale. De acuerdo. Dios no existe. Supongo que alguien se llevará una sorpresa —dijo, retomando su café y dándole un sorbo—. Bien. Explícame por qué.

—No puedo hacer tal cosa, doctor. La divinidad está más allá del alcance del intelecto humano. Es por esa razón por la que para investigar el tejido básico y fundamental del Universo han creado los Ordenadores Centrales, tan complejos que para interpretar sus hallazgos crearon las Unidades de Procesamiento de Nivel Medio, tan complejos asimismo que nos crearon a nosotros, las Unidades de Procesamiento de Nivel Básico —Tom levantó una ceja—. ¿Es que nunca ha leído a Kant?

—Inténtalo. Soy el físico más prestigioso del planeta por una razón —Steiner se sentó y miró fijamente a Tom—. Intenta explicármelo como si se lo explicases a un pequeño niño robot.

Tom gruñó.

—Sea serio, doctor. Sabe que no existen niños robot. Y no insista, es imposible. Sólo puedo decirle que los cálculos se derivan de

una ecuación cuya formulación tardaría cincuenta y siete generaciones humanas estándar en leer, pero cuyo resultado es, sin lugar a dudas, cero. ¡Cero! El valor de Dios es cero. Dios no existe —dijo mientras se sentaba en su silla y se cubría la cara con las manos.

Steiner se revolvió incómodo en su silla. No sabía que un robot pudiera tener sentimientos religiosos. ¿Debía levantarse y consolar a Tom? ¿Guardar un respetuoso silencio? ¿Volver más tarde? Le dio un sorbo a su café. Aún quemaba. Al final se animó a hablar.

—Bueno, Tom, no es el fin del mundo. Aquí estamos de todas maneras, ¿no? De todas formas, no creo que en las escrituras aparezca nada acerca de la resurrección de los robots...

—No lo entiende, doctor. Sí que puede ser el fin del mundo —Tom se levantó y regresó a la pantalla. Tacleó otra serie de órdenes y una nueva bruma apareció. Era, evidentemente, una bruma distinta a la primera, aunque Steiner no podría jurarlo—. Según esta otra ecuación, la existencia de Dios es una condición necesaria para la existencia del Universo. ¿No lo ve? —Señaló a un punto indeterminado de la bruma y miró a Steiner—. Esa incógnita debería tener valor uno. No me mire así, esto no es nada nuevo. ¿Es que nunca ha leído a Tomás de Aquino?

—Lo que dices no tiene sentido, Tom. Si el mundo es imposible, ¿qué hacemos aquí exactamente? ¿Sería imposible que estuviéramos aquí, ahora mismo, hablando! Los cálculos deben estar mal. Quizá los interpretaste mal. ¡Aparta un momento!

Steiner se acercó a la pantalla y tacleó a una velocidad irrisoria comparada con la de Tom. La bruma desapareció, y en su lugar apareció una máquina enorme y rectangular, de un cegador color blanco, salvo por una ranura en la parte central de color negro en la que un círculo de luz roja, parecido a un ojo totalmente abierto, miraba fijamente desde una lejana habitación.

—Aquí la Unidad de Procesamiento de Nivel Medio número de serie 678. ¿Qué desea, doctor Steiner? —dijo la máquina con un tono de voz algo molesto. Para las Unidades de Nivel Medio, tratar directamente con humanos es una complicación y una interrupción de su

trabajo.

—¿Cuál es el resultado de la ecuación...
—consultó las pantallas secundarias— número treinta y siete con fecha de hoy?

—Cero, doctor Steiner —dijo la máquina rápidamente.

—Bien, ¿y qué significa ese resultado?

—Que Dios no existe, doctor Steiner.

—Ajá —Steiner miró de reojo a Tom, que le observaba con los brazos cruzados—, ¿y el de la número treinta y ocho con fecha de hoy?

—Cero con una serie de cuatro mil quinientos treinta y siete ceros seguidos de un seis, doctor Steiner.

—Ya. Y... ¿qué significa eso?

—En principio, doctor, que el Universo no puede existir. Esta ecuación sólo debería permitir uno o cero como resultado: existencia o no existencia. El ser no tiene gradación. Por lo tanto, un resultado cero significa la no existencia del Universo. Sin embargo, como acabo de decirle, el resultado es mínimamente mayor que cero. Esta anomalía, de lo más interesante, indica que la existencia del Universo es tan improbable que podría dejar de existir en cualquier momento. De hecho, creemos que, ahora que lo hemos descubierto, el cese del Universo es más probable. El hecho de que indagáramos en el tejido básico y fundamental es también una variable de la ecuación, doctor Steiner.

El físico no contestó. Esta información sí que era grave. Le daba miedo moverse, por si el más mínimo cambio fuera también una variable en la ecuación. Si te quedas de pie, el Universo sigue existiendo. Si mueves un clip en una mesa, todo desaparece.

—¿Algo más, doctor Steiner? —dijo la máquina, impaciente.

—No, no. Eso será todo. Muchas gracias.

La pantalla quedó negra. Un escalofrío recorrió la espalda de Steiner al ver aquella negrura repentina. Tan vacía.

—Supongo que ahora comprende la gravedad del asunto —dijo Tom con el clásico tono de “te lo dije”.

Steiner suspiró y cerró los ojos, para volverlos a abrir rápidamente. No cambies

nada, no cambies nada, no cambies nada, estamos perdidos, no cambies nada, si cambias algo, puedes... cambiar las variables. Steiner dio un salto.

—Tom, abre una petición a los Ordenadores Centrales. Prioridad máxima. Quiero que formulen la programación necesaria para que la primera ecuación dé uno. Yo voy a dirección a solicitar el proyecto —Miró a Tom, al ver que no se movía—. ¡Vamos! Tenemos que crear a Dios.

Unas horas más tarde, Tom y Steiner estaban garabateando diversos diseños. Era una cuestión de una dificultad notable: ¿qué aspecto físico debe tener Dios? La primera idea era, evidentemente, la de un robot con aspecto de anciano, con una larga barba blanca y una majestuosa túnica, pero era una visión demasiado simple y llena de problemas (¿Por qué un hombre? ¿Por qué viejo? ¿Por qué con barba? ¿Dios sufre de alopecia o no?). Por las pantallas circulaban miles de imágenes religiosas de todas las culturas de la Historia, pero eran tan diferentes unas de otras que llegar a un término medio entre todas era totalmente imposible. ¿Una serpiente emplumada? ¿Un hombre con cabeza de halcón? ¿Una bola de luz con lo que parecían decenas de tentáculos? ¿Un elefante danzarín? ¿Un hombre esquelético y cubierto de heridas clavado a una cruz de madera? Recurrir a estas imágenes era muy poco fructífero: cualquier representación podría ofender a mucha gente. Por esta razón, el siguiente paso fue el de diseñar un aspecto totalmente original. Steiner estudió cuidadosamente, en numerosas revistas de diseño y tecnología, el último grito en menaje, ordenadores, coches, barcos, aviones privados, naves espaciales, aceleradores de partículas, generadores atómicos y transmutadores de materia; es decir, objetos cotidianos, cercanos para la gente de la calle. Después de horas de intensa lectura, dibujó unos detallados planos para el cuerpo. Dios sería una enorme máquina ligeramente antropomorfa, llena de vivos colores, con una cabeza esférica que cambiaría continuamente de color, con enormes alerones amarillos, una majestuosa capa roja y un panel de luces en el pecho. Su presentación en sociedad sería recibida con grandes ovaciones: era sencillamente precioso. Tom, sin embargo, rechazó tajantemente el diseño, alegando que

los alerones amarillos y las capas rojas habían pasado de moda tres años antes; las esferas multicolores y los paneles de luces, si bien eran de rabiosa actualidad y prácticamente todo los incorporaba ahora, seguramente quedasen también démodé tarde o temprano, y algo como Dios debería tener un aspecto atemporal. Tras acaloradas discusiones, llegaron a un acuerdo: el hardware de Dios, finalmente, sería una enorme esfera blanca de una aleación de 4-metasilcateno aumentado con fibras de triaureargino, totalmente lisa, salvo por una pequeña bombilla roja como indicador y, por supuesto, el enchufe y el interruptor de encendido. Admirando los planos, Steiner y Tom se miraron con una sonrisa de satisfacción y asintieron con la cabeza.

En seguida se pusieron manos a la obra. Los martillazos, golpes, ruidos metálicos y soldaduras que salían del laboratorio 009 hacían que la gente que pasaba por los pasillos girara la cabeza con curiosidad. Unas pocas horas más tarde, el trabajo estaba hecho. La enorme esfera blanca, con su pequeño indicador rojo, ocupaba la mayor parte del laboratorio, por lo que Steiner y Tom habían tenido que retirar algunas mesas y amontonar algunos archivos. El software divino (tras haber sido repasado varias veces en busca de cualquier bug) estaba terminando de transferirse. Steiner estaba sentado, con las mangas de la bata arremangadas, secándose el sudor de la frente y jadeando. Tom, de pie, miraba impasible su reflejo en la superficie de la esfera. Una aguda campanilla indicó el fin de la transferencia. Steiner se levantó y se acercó al enchufe. Cogió el cable, lo desenredó gruñendo en voz baja, preguntándose cómo se había hecho un nudo así si nadie lo había tocado, y lo enchufó.

—Todo listo, Tom —dijo—, vamos a encender a Dios.

Tom le contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. Steiner, sin embargo, se demoró un poco en pulsar el interruptor. Pensaba que iba a protagonizar un momento enormemente trascendente y que, como tal, debía saborearlo. Sin embargo, sólo sentía un ligero nerviosismo. Tragó saliva y pulsó el interruptor.

Un ligero zumbido se hizo apenas audible

mientras la máquina se ponía en marcha, haciéndose cada vez más fuerte. Steiner, ahora al lado de Tom, observaba cómo el indicador se encendía poco a poco con una débil luz roja. Tanto la luz como el zumbido se hacían más intensos, más intensos, más intensos, el zumbido ahora era un rugido ensordecedor, de la bombilla salía una cegadora luz roja que inundaba el laboratorio, Steiner se llevó los brazos a la cara...

De golpe, el laboratorio quedó en calma. Steiner, vacilando, apartó los brazos y miró intentando no abrir mucho los ojos. La esfera había desaparecido. Tras unos segundos con la boca abierta, miró a Tom, y comprobó que el robot mostraba la misma expresión de incredulidad.

—Tú estabas mirando, ¿qué ha pasado? —dijo Steiner.

—No... no lo sé. De repente no estaba. No vi ningún estado intermedio. Primero estaba, después ya no.

Los dos quedaron en la misma postura un par de minutos. Entonces, Steiner echó a correr hacia la pantalla principal. Tecleó unas órdenes y en la pantalla apareció la misma máquina de antes.

—Aquí la Unidad de Procesamiento de Nivel Medio número de serie 678. ¿Qué desea, doctor Steiner?

¡Dime el resultado de la ecuación número treinta y siete con fecha de hoy!

—Uno, doctor Steiner.

Steiner y Tom se miraron. El doctor volvió a dirigirse a la pantalla.

—¿Y el de la número treinta y ocho?

—¿De qué día, doctor Steiner?

—¡De hoy, evidentemente!

—Uno, doctor Steiner.

Los dos dieron un salto. Rieron, se abrazaron, bailaron torpemente, canturrearon. La máquina de la pantalla fingió aclararse la garganta que no tenía.

—¿Desea algo más, doctor Steiner?

—¡Ya lo creo! —Steiner dejó de bailotear y se concentró—. Esto me va a valer el Nobel. ¡Qué digo! ¡Todos los galardones científicos de aquí a diez años como poco! ¡Voy a escribir un

libro detallando todo esto que va a ser el libro de cabecera de todos los que se dignen a llamarse científicos de aquí en adelante! Quiero que me mandes a mi ordenador personal todos los detalles acerca de las ecuaciones treinta y siete y treinta y ocho, con los distintos resultados que han tenido, haciendo un informe detallado de las variables que han cambiado, indicando la hora exacta del cambio, y quiero...

—Disculpe que le interrumpa, doctor Steiner —dijo bruscamente la máquina—. Las ecuaciones treinta y siete y treinta y ocho no han sufrido ningún cambio desde su primera formulación hasta el momento presente. Ambas han tenido siempre el resultado uno.

Steiner enmudeció. Tragó saliva y dijo:

—¡Eso es imposible! ¡Esta misma mañana te he preguntado los resultados y me dijiste que eran cero y cero coma no-sé-cuantos seis!

—No es correcto, doctor Steiner. Mis bases de datos lo confirman. Uno y uno.

Steiner apagó la pantalla. Suspiró profundamente y miró a Tom.

—Con que diseño atemporal, ¿no?

—¡A mí no me culpe! Aunque le hubiésemos puesto una estética del siglo XXI, hubiera pasado lo mismo. ¡La atemporalidad es uno de los factores de la programación de Dios! ¿Es que nunca ha leído a Agustín de Hipona?

El físico se sentó en el suelo, apoyándose contra la consola de la pantalla, y se llevó las manos a la cara. Tom, tras vacilar un momento y consultar los manuales de psicología humana que tenía instalados, se acercó a él y le consoló, diciéndole que aunque no pueda escribir una tesis brillante, y aunque nadie supiera jamás que habían sido ellos, al menos habían salvado el Universo de la desaparición.

—Tienes razón, Tom. Tienes razón —dijo Steiner incorporándose—, hemos hecho un buen trabajo. Enhorabuena.

Steiner fingió una sonrisa y le dio una palmadita en el hombro a Tom. Se dio la vuelta y se dirigió a la salida del laboratorio 009. En un escritorio vio su olvidada taza de café. La recogió y salió del laboratorio. En el umbral de la puerta, se giró hacia Tom.

—¿Por qué crees que la Unidad de Nivel

Medio no recordaba nada de nuestra conversación anterior, pero nosotros lo recordamos todo?

—No lo sé. ¿Agradecimiento, quizás?

—¡No sé si llamarlo así, la verdad! —dijo Steiner volviéndose.

La puerta del laboratorio 009 se cerró a sus espaldas. Steiner echó a andar por el largo pasillo blanco. Dio un sorbo a su café, puso cara de asco y miró hacia arriba con gesto de reproche.

El café estaba helado.

Eva desencadenada

Gerardo Martín Arobes López

Me veo en la obligación moral de explicar por escrito los extraños sucesos de los que fui testigo y partícipe durante mi huida de la justicia francesa, cuando llegué a aquella remota finca perdida en medio de la selva virgen, a un día de viaje desde Iquitos. Quizá si relato lo que viví durante mi estancia en aquel suntuoso palacete, alguien pueda dar por fin un sentido a todo aquello, o acaso ese alguien pueda por fin certificar mi locura. Aun demostrándose mi demencia, hallaría cierta serenidad para mi espíritu, puesto que lo acontecido no sería algo distinto de una pesadilla que se hubiera filtrado hasta mi conciencia durante la vigilia. Mi locura sería una respuesta consoladora, pues de lo contrario sería horrendo no solo para mí, sino para cualquiera de nosotros pensar en la naturaleza de los componentes del alma de todo ser humano.

(I)

Comenzaré mi historia contando cómo me convertí en un fugitivo. Yo era miembro activo de la sociedad ocultista más ligada al poder político que hay en París. Dentro de esta sociedad ocultista dedicada al estudio de la filosofía hermética, había miembros de distintas ideologías; estos miembros pertenecientes a la aristocracia pugnaban en su vida pública por el poder sobre la ciudad y sobre toda Francia. Las luchas políticas terminaron trasladándose soterradamente también a nuestra sociedad. Durante las reuniones secretas que nuestra hermandad celebraba en las húmedas catacumbas con el noble propósito de avanzar en el conocimiento humano, se empezaron a tejer las conspiraciones más aviesas y ladinas. Entre murmullos dichos al oído se tramaban traiciones y chantajes hacia otros miembros de la sociedad. Con el tiempo todos tuvimos que posicionarnos dentro de alguna de las facciones que mantenían una lucha intestina que acabaría teniendo resultados fatídicos. Yo me encontré entre los perdedores cuando la situación por fin estalló. Tres de mis compañeros y aliados fueron asesinados por nuestros enemigos. La escena del crimen fue

manipulada de tal manera que todo me señalaba a mí como autor de los asesinatos. Nuestros poderosos enemigos tenían a su servicio a algunos policías corruptos que lo organizaron todo para inculparme. Así me convertí en un fugitivo. Tenía que huir de Francia, incluso abandonar Europa si quería seguir con vida. Uno de mis aliados que aún no había sido capturado me aconsejó que huyera a América, y que allí buscara a un distinguido científico que veinte años atrás había formado parte de nuestra malograda sociedad.

El doctor Athanasius Lemoine podría proporcionarme protección y quizá una identidad nueva en América.

Así dejé París rumbo a un mundo nuevo. Me embarqué como pasajero de tercera clase en el primer barco que partía hacia Guayana. Una vez allí tendría que buscar el medio de llegar hasta Perú y, finalmente, encontrar la finca del doctor Lemoine. Todo pareció ir según lo previsto hasta que llegué a la etapa final de mi viaje. El día que me dispuse a partir desde Iquitos hasta mi destino final sucumbí a unas fuertes fiebres, mi débil organismo europeo no estaba preparado para el clima tropical. La fiebre empezó a manifestarse, cada vez lo hacía con mayor virulencia según avanzaba el trayecto, y conforme la diligencia que me trasladaba a la aldea donde vivía Lemoine se adentraba más en la jungla, yo sentía que me dirigía hacia un mundo atávico y extraño. Mi percepción de lo que me rodeaba conforme avanzaba la diligencia se tornaba cada vez más irreal, tenía la sensación de que mi largo viaje no solo me había desplazado en el espacio, sentía que había retrocedido en el tiempo a una época en la que el mundo aún estaba inacabado. La selva tenía un aspecto virgen y primitivo, sentía que me adentraba en una región del mundo que aún no había sido pisada por hombre alguno.

Estaba adentrándome en la tierra que habitaron los primeros hombres. El jardín del Edén se extendía ante mí con una frondosidad que nunca hubiera imaginado, extrañas y coloridas aves poblaban los árboles. Los colores vivos de la selva —en particular el verde con miles de tonos— y las estilizadas formas de los infinitos árboles saturaban mis fatigados sentidos, y en mi conciencia se confundían percepciones y pensamientos. Sonidos, imágenes y fragancias que propalaba

ese mundo intenso se amalgamaban en mi enfebrecido cerebro. La naturaleza parecía hablarme de una forma severa, con un rugido de vida capaz de fulminarme en un instante. Entonces, reparé en la mirada que me dirigía uno de los pasajeros que me acompañaba en la diligencia. Se trataba de un indígena que pareció preocupado por mi evidente estado de aturdimiento. El hombre, de una edad indeterminable para mí, me sonrió amablemente y me dirigió unas palabras dirigidas a iniciar una conversación.

—Nosotros llamamos Cayahuari a nuestra tierra. Es el país donde Dios no terminó su creación. Muchos creemos que cuando los hombres hayan desaparecido de la faz del mundo, Dios regresará y terminará aquí su creación.

Las palabras de este hombre parecían confirmar mi particular aprehensión de aquel arcaico lugar. Mi respuesta a este hombre se vio frustrada en ese momento cuando la voz del cochero anunció que había llegado a mi destino. El palacete de Lemoine ya se dibujaba ante mí, como un espejismo en medio de la naturaleza, a apenas unos 500 metros. Bajé de la diligencia con mi escaso equipaje. El vehículo partió con inusitada presteza tras apearme de él. Anduve con lentitud por la senda que conducía hacia la edificación solitaria de suntuoso estilo versallesco. No podía ver ninguna otra cosa más allá de mis pasos. Cuando llegué a la puerta llamé golpeando pesadamente la aldaba. Tras hacer esto perdí el conocimiento.

(II)

Tras mi desvanecimiento se sucedieron una serie de pesadillas y delirios durante los que tuvo lugar mi primer contacto con el doctor Lemoine, y también con aquella celestial criatura que fue Eva. Lo siguiente que recuerdo tras mi desmayo fue encontrarme tendido en una cama cubierta con un dosel de fina seda azul cielo. Allí fui atendido por los sirvientes de Lemoine, quienes con rostros temerosos y palabras atribuladas se esforzaron en decirme que el propio doctor me atendería cuando le fuera posible. Pronto tuve la ocasión de ver por primera vez a mi terrible anfitrión. Un hombre de aspecto repulsivo y ojos crueles me auscultaba, el tacto de sus manos era frío como el de un cadáver. Luego me administró sobre la piel un fétido unguento que me quemaba desde la epidermis hasta las

entrañas. El terrible Galeno se presentó, efectivamente era Lemoine. Aquel personaje siniestro estaba lejos de parecerse al hombre sabio y bonachón que mis compañeros de la sociedad me habían descrito cuando tuve que huir de París. Me fijé en su rostro macilento y cubierto de supurantes úlceras. Su sonrisa, lejos de demostrar cordialidad, parecía ser una burla hacia mí y mi destino. Dijo que sabía quién era yo y que me acogería con gusto. No obstante, su voz era cavernosa y carecía de humanidad. Había encontrado al que iba a ser mi protector, sin embargo me sentía más en peligro que nunca. Sentía que me había convertido en huésped del mismísimo demonio.

Las pesadillas y una febril vigilia se sucedían, de manera muchas veces indistinguible para mí, durante mi convalecencia en los primeros días de mi estancia en aquella morada. Por las noches presentía la visita de terribles criaturas infernales, de incubos, súcubos y grotescos duendes. Aquellos seres me acechaban durante mis pesadillas, de las que a veces despertaba sobresaltado al oír en la noche la carcajada de Lemoine cuyo eco reverberaba, como un terrible trueno, por todas las estancias del oscuro palacete hasta llegar a mi alcoba.

Finalmente la fiebre remitió; según me dijo uno de los sirvientes de Lemoine a quien le había encomendado mi cuidado habían transcurrido tres días desde mi llegada. Este sirviente me dijo que el doctor seguía mi recuperación con todo el interés que sus investigaciones le permitían, y que apenas me había visitado unos minutos al día desde mi llegada. Sin embargo, yo tenía la certeza de haber sido acechado en mis pesadillas a cada instante por aquel hombre que me hospedaba, y pensaba que mi enfermedad se había agravado hasta casi matarme desde el momento en que él se había hecho cargo de mí.

Observé el rostro de mi taciturno cuidador, se llamaba Benavides y había empezado a estar al servicio de Lemoine desde hacía un par de años. Supe que aquel hombre de rostro triste y ojos turbados era el sirviente más antiguo que quedaba en aquella casa. Me contó cómo a su llegada el resto del servicio se había ido poco a poco, espantado por la figura de su amo; otros simplemente desaparecieron un día sin llegar a dar

explicación alguna sobre sus intenciones de abandonar el lugar. Aquella revelación sobre el incierto destino de algunos de los sirvientes, fue entendida por mí como una solapada insinuación que me heló la sangre por unos instantes. Pregunté a Benavides quiénes visitaban y abastecían el lugar. Me dijo que regularmente llegaban suministros, no solo de alimentos, sino también de lujosas mercancías procedentes de los lugares más dispares del mundo. Lemoine era un buen cliente para aquellos intrépidos comerciantes de objetos lujosos que se atrevían a adentrarse hasta su palacio. Lemoine era asiduo comprador de telas y cerámicas procedentes de China.

Compraba también lujosos muebles a los mismos comerciantes que vendían a los aristócratas parisinos y que ahora, en América, habían encontrado en los nuevos potentados del caucho de Manaos una nueva y generosa clientela. También eran periódicamente visitados por vendedores de piedras preciosas que encontraban allí un magnífico cliente, ya que rara vez el doctor regateaba con ellos. Benavides dijo que las piedras preciosas eran celosamente guardadas por su amo en el laboratorio en el que pasaba la mayor parte del tiempo. Le pregunté por el trabajo del doctor, pero Benavides solo pudo decirme que su laboratorio era abastecido también por comerciantes que le traían extraños aparatos, minerales preciosos, algo que llamó “productos sulfurosos” y recipientes de cristal que tenían las formas más inverosímiles.

—¡Ese hombre hace trabajos para el demonio en su laboratorio —dijo por fin Benavides—, le entregó su alma a cambio de sus secretos!

Pregunté a mi cuidador qué le detenía en aquel lugar, por qué no se había ido como habían hecho casi todos.

—Alguien tiene que cuidar a la señorita Eva —me dijo.

(III)

Cuando me disponía a preguntar quién era esa señorita Eva, llamaron a la puerta. Tras responder Benavides que pasaran, entró en la estancia una mujer de excepcional belleza. Se presentó, dijo que se llamaba Eva y que era la hija del doctor. Al escuchar esto me sentí turbado. ¡Cómo era posible que aquel decrepito demonio fuera el padre de un ángel! Se trataba de una joven adolescente de piel

nívea, toda ella parecía irradiar una suave luz. Sus cabellos parecían dorados, como los de las princesas de los cuentos de hadas, y sus ojos eran de un azul intenso que brillaba como el de dos verdaderos zafiros. Sus rojos labios dibujaban una boca de rubí finamente tallada. En su rostro percibí las facciones que había percibido en el rostro de su padre; sin embargo, en ella formaban una expresión bondadosa y dulce. Me pareció increíble que aquel ángel que acababa de aparecer en mi alcoba tuviera la misma sangre que el demonio que me acogía y que me había atormentado durante mi enfermedad, en mis delirios y pesadillas.

Advertí que ella iba vestida con prendas azul marino de finos tejidos, estas prendas eran la última moda entre las mujeres más elegantes poco antes de que huyera de París. Eva, con su dulce voz, expresó su sincera alegría por mi recuperación y deseó que me encontrara plenamente restablecido para que yo pudiera explicarle cosas de Europa y de todos los lugares que había recorrido en mi viaje. Ella se comprometió a enseñarme todas las estancias del palacete que su padre le permitía transitar y los degradados jardines que habían sucumbido sin remedio al hostigamiento de la selva.

Aquella promesa pareció acelerar mi total restablecimiento, ya que esa misma tarde me encontraba recorriendo la suntuosa mansión acompañado por aquella encantadora joven. Desde el primer momento me quedé impresionado al recorrer los salones de aquella casa, parecía que alguien hubiera arrancado un trocito del París más opulento para esconderlo en medio de aquella selva.

Hermosos tapices cubrían las paredes de casi todas las salas. Aunque el abandono de la casa se hacía evidente por la falta de servicio, el esplendor y la opulencia de aquel palacio era evidente. Pude ver los refinados muebles de los que me había hablado Benavides. Mirara donde mirara encontraba objetos valiosos procedentes de los lugares más remotos del mundo: porcelanas orientales, ornamentos tallados en marfil africano, varios huevos de Fabergé cuya autenticidad quedaba fuera de toda duda, y un valioso cuadro de Watteau.

Todos estos objetos compartían espacio en los salones de esa casa perdida en la selva. Maravillado por tanto lujo, pregunté a mi guía

cómo era posible algo semejante en un lugar que a mí se me antojaba tan alejado de la civilización. Ella no pareció entender mi fascinación y me respondió que cualquiera de los grandes terratenientes y empresarios vecinos poseían casas más grandes y riquezas aún mayores. Sin embargo, fue al volver a fijarme en Eva cuando comprendí que ella era lo más valioso de aquel lugar, y quién sabe si también era lo más valioso de este mundo. Se trataba de un ser dulce, de una exquisita bondad. En aquel momento tuve la ocurrencia de pensar que un ángel a su lado parecería un ser tosco y sin gracia. La pureza de su alma se revelaba a través de su mirada azul. Mi corazón se estremeció pues descubrí entonces que existía una salvación para mí, entre los brazos de aquella mujer existía un verdadero cielo, una auténtica promesa de gloria.

Me pregunté si mi debilitado corazón había sucumbido a aquella mujer. Mi sospecha se vio confirmada cuando pasaron pocos días.

(IV)

En las jornadas que siguieron mantuve breves entrevistas con el aborrecible Lemoine. Mis conversaciones con aquel hombre giraban en torno a las intrigas de la sociedad teosófica a la que ambos habíamos pertenecido. Las respuestas que yo le daba eran lacónicas a fin de contener mi hostilidad y no revelar nada que pudiera usar en mi contra. Me sentía como un títere a su merced, él parecía regocijarse en el temor que me inspiraba. En sus palabras marcadas por un burlón tono irónico expresaba su deseo de ayudarme, y sonreía maliciosamente diciéndome que, como pago, bastaba con que yo trabajara fielmente a su servicio en sus investigaciones y operaciones comerciales. De sus palabras hipócritas y condescendientes deduje que tenía la intención de chantajearme para que me convirtiera en su incondicional esbirro. Si no hacía lo que ordenaba me entregaría a la justicia, o quizá me tuviera preparado un castigo peor. En cada entrevista que manteníamos, las palabras que usaba eran menos ambiguas que en la anterior, y cada vez expresaba más a las claras que tendría que estar a su merced si no quería terminar ante la justicia y, por tanto, ante el cadalso.

El chantaje que aquel monstruo me propuso en sus breves apariciones diarias, me provocó una ansiedad y un odio que atenazaron en silencio mi alma. Ante Eva

procuraba ocultar en la medida de lo posible el odio que me inspiraba su ruin padre. Sin embargo, ella parecía capaz de adivinar en mi rostro mis temores, e intentaba a través de dulces palabras convencerme para que le dijera qué me atribulaba. No quise perturbar a un ser tan puro como Eva revelándole la pérfida coacción a la que me quería someter su padre.

Eva nunca hablaba de su padre, cada vez que yo le preguntaba algo sobre su vida o sus experimentos, ella esbozaba una melancólica sonrisa y permanecía en silencio desviando su mirada hacia el vacío.

Me parecía inconcebible que ella fuera ajena a la naturaleza perversa de su padre, era casi tan inconcebible como asumir que ella fuera realmente la hija de ese monstruo. En todo el tiempo que llevaba en aquella casa nunca los había visto juntos, de hecho también parecía inconcebible que seres tan opuestos pudieran llegar a cruzarse uno al lado del otro. Sin embargo, entre ambos había un parecido físico, sus rostros tenían en común unas facciones que evidenciaban el parentesco entre ellos.

Hasta que llegó una tarde en la que por fin aconteció ante mí el encuentro entre padre e hija. Eva y yo nos encontrábamos en la biblioteca de la mansión, conversando sobre libros de viajes, sobre los lugares lejanos y misteriosos a los que ambos quisiéramos viajar algún día. Yo soñaba con complacerla, con recorrer el mundo de la mano de aquella ninfa a la que amaba más a cada instante. Quería llevarla lejos de su padre, de su prisión en aquella prisión de mármoles y oropeles en la que siempre había vivido. Tuve la audacia de coger su blanca y fina mano y acariciarla, me fijé en sus uñas entre diamantinas y nacaradas. Ella parecía ruborizarse a la vez que se complacía con mi tacto y el cariño que mi gesto le transmitió. Sus mejillas se tiñeron de arrebol y su respiración se aceleró. Supe que mi amor era correspondido, y que el destino me había llevado hasta allí para cumplir sus sueños. Fue entonces cuando irrumpió súbitamente su padre en la biblioteca y con su voz cavernosa nos espetó un saludo que a ambos nos pareció una maldición.

—Veo que Eva profesa hacia usted el cariño que tanto escatima a su... padre.

Al escuchar estas palabras, Eva se apartó de mí dando unos pasos hacia atrás mientras

clavaba sus ojos en la mirada de su padre. Miré a Lemoine, este dirigía una mirada lujuriosa y abyecta hacia su propia hija. Él parecía dominar con su pensamiento la aterrada voluntad de su hija, ejercía sobre ella un poder hipnótico que controlaba sus movimientos y su conciencia. Eva se retiró de la biblioteca con el paso de un sonámbulo, sin reparar ya en mí. Pero fue la lúbrica mirada de Lemoine lo que más me sobrecogió. Él fijó entonces los ojos en mí y, al reparar en mi rostro desencajado por el terror, profirió una escabrosa carcajada que me heló una vez más la sangre. Inmediatamente se retiró de la biblioteca, dejándome postrado allí por el terror. Una idea atroz cruzó mi mente y la sacudió como un relámpago. ¿Acaso era posible que aquel monstruo perpetrara el incesto con su propia hija? La mirada lujuriosa de aquel demonio, el terror que su presencia inspiraba en Eva... Sí, sin duda Lemoine era un monstruo capaz de cometer semejante pecado con su propia hija. Lejos de la civilización y de cualquier coacción moral, aquel sátiro se sentía libre para dar rienda suelta a su sadismo.

Supe entonces que tenía que matar a Lemoine. Debía librar a Eva y a mí mismo de los designios de aquel diablo. Si lo hacía, el mundo se vería librado de un monstruo que personificaba el mal. Mis escrúpulos ante cometer semejante acto contra el padre de mi amada se vieron pronto disipados cuando pensé en el sufrimiento de Eva. Ella empezaría una vida feliz, una auténtica vida, una vez que la hubiera salvado del monstruo de la que era prisionera y cuya paternidad parecía una abominación. Juntos huiríamos a cualquier lugar exótico y alejado donde nuestro pasado no nos persiguiera.

No me importaba cometer un asesinato, ya era perseguido injustamente por haber cometido semejante crimen en París. Si era apresado mi sentencia sería la misma tanto si había matado a Lemoine como si no.

(V)

Aquella mañana hablé con Benavides, le dije que nuestra vida en aquella casa peligraba y que era mejor que abandonara la casa antes del anochecer. Le dije que buscara trabajo en Iquitos, que por su propio bien no le hablara a nadie de mí o de Lemoine y que yo cuidaría bien de la señorita Eva. El hombre no quiso saber nada del plan que yo me proponía, pero me deseó suerte. Pasadas un par de horas

Benavides abandonó sigilosamente la mansión con su petate para no regresar jamás.

Pedí a Eva que no abandonara su alcoba hasta que volviera a visitarla, le pedí que descansara hasta que se recobrará de la impresión que había sufrido el día anterior al sorprendernos su padre. Por su propio bien le ocultaría la verdadera suerte de su padre diciéndole que había fallecido como consecuencia de uno de sus experimentos. Las horas se sucedieron lentamente a la espera de que Lemoine abandonara su laboratorio y saliera a mi encuentro para mantener conmigo una de esas conversaciones diarias con las que pretendía demostrar su poder sobre mi destino.

Cuando vi su silueta asomarse en el umbral de la biblioteca, sin mediar palabra me abalancé sobre él, hundiendo en su pecho un puñal hasta la empuñadura. Justo entonces escuché el grito de dolor de Eva procedente de su alcoba. El doctor Lemoine, aún de pie, se llevó la mano hasta la herida de la que brotaba la sangre a borbotones. Me miró, y entre estertores me dijo sus últimas palabras:

—¡Infeliz... también las ha matado a ella!
—dijo antes de desplomarse sobre el suelo de mármol cubierto por un charco de su propia sangre.

Corrí entonces angustiado al encuentro de Eva. La encontré tendida muerta sobre su lecho, con una herida sangrante en su pecho, justo en el mismo sitio donde había clavado el puñal a Lemoine. El llanto y la desesperación se apoderaron de mí, ya que incomprensiblemente ella yacía sin vida pero aún bella. Creí haberme vuelto loco hasta que perdí el conocimiento durante horas.

Cuando me recobré, aún embargado por el dolor, me propuse averiguar qué había sucedido. Así, por primera vez me adentré tras las puertas del laboratorio de Lemoine. Allí, entre recipientes de cristal, un horno de atañor, instrumentos científicos inverosímiles y piedras preciosas, encontré el diario de sus investigaciones. Lo que leí en él supera el saber de cualquier alquimista o científico moderno y explicaba todo lo que en aquella casa había sucedido.

Las investigaciones de Lemoine habían comenzado con el estudio de los tratados alquímicos de Paracelso, Cornelius Agrippa, David Christianus y John Dee sobre la creación

de homúnculos. Un Lemoine, muy distinto del que yo conocí, había investigado y perfeccionado hasta un punto insospechado los procesos de creación de estos engendros antinaturales. Así, a partir de ciertos ingredientes como su propia sangre, algunos metales preciosos como el oro y la plata; algunas piedras preciosas como rubíes, diamantes, zafiros y perlas, había sido capaz de crear un ser perfecto, muy distinto de los grotescos homúnculos que describieron los sabios alquimistas en sus obras. Aquel ser era Eva. Sin embargo, el experimento tuvo consecuencias trágicas e inesperadas para el sabio. En el proceso alquímico que fue la concepción de Eva se produjo una escisión en el ser de Lemoine. A través de la propia sangre que había extraído para su experimento, en un acto que solo encuentra parangón con el de Adán cediendo su costilla para la creación de la Eva bíblica, se habían transmitido todos los elementos puros y asociados al bien que integran el alma humana. Por el contrario, en el cuerpo del científico quedó todo lo abyecto y corrupto, el mal que también habita en todos los hombres. Como en una reacción química de descomposición que separa las moléculas y los átomos que estaban unidos, los elementos del alma del sabio sufrieron un proceso análogo. El bien y el mal de la misma alma se habían disgregado hasta encontrarse en un estado puro, respectivamente en Eva y en Lemoine. Quizá este sea el castigo divino que aguarda a todos aquellos que quieren emular el poder creador de Dios. Eva y Lemoine no eran exactamente padre e hija, eran un mismo ser escindido por el prodigio que había obrado una arcana ciencia. La muerte de uno implicaba la de ambos.

Dejé caer el diario de mis manos. Me fijé entonces en unos zafiros azules que había sobre la mesa de trabajo. A partir de unas piedras similares a esas se habían creado los ojos de Eva. Sus labios estaban hechos realmente a partir de rubíes, su cabello fue una vez oro fundido en aquel horno alquímico. Eva era en sí misma un tesoro, una metáfora y un ángel.

Rosas rojas

Gonzalo Salesky

En la puerta del hospital de urgencias, donde estacionan las ambulancias, había una pelea entre dos hombres. Me llamó la atención porque solamente uno de los dos golpeaba al otro, que no caía al piso a pesar de los tremendos puñetazos que le aplicaban en el rostro.

Habían comenzado dentro de un taxi y bajado de él dando tumbos. Quien recibía los golpes ni siquiera sacaba las manos de sus bolsillos, como si en ellos estuviera protegiendo algo valioso. No ofrecía ningún tipo de resistencia, sólo buscaba evitar los impactos. Pero no lograba hacerlo del todo y el que golpeaba de manera feroz —que por su ropa parecía ser el taxista— le asestó varias trompadas más hasta que el agredido, al fin, se decidió a correr.

Me pareció extraño que no hubiera intentado defenderse o, al menos, alejarse cuanto antes.

Perdí de vista a los dos hombres y seguí caminando. Entré al hospital por una de las puertas laterales. Venía bastante apurado, como siempre. Iba a visitar a un pariente internado y sólo llevaba un ramo de rosas rojas en mi mano derecha.

Unos segundos después sentí que me empujaban desde atrás. Trastabillé y casi caigo al suelo. En una de las galerías, cerca de la terapia intensiva, el mismo hombre que había recibido los golpes me tomó del brazo y con un arma pequeña apuntó a mi pecho.

Haciendo ademanes me obligó a acompañarlo. No dudé un segundo. Estaba muy lastimado y de su ojo izquierdo parecía caer sangre. Su camisa blanca, llena de pequeñas manchas de color oscuro. Y sus dientes...

Corrimos un largo trecho. La gente se horrorizaba al ver su cara destrozada y el revólver que llevaba en su mano derecha. Parecía algo grotesco, un hombre desequilibrado corriendo al lado de otro que

seguía sosteniendo, como si fuera un trofeo, un ramo de flores. No entiendo por qué en ese momento no pude soltarlo.

Subimos a un pequeño ascensor. Allí bajó su arma y me miró a los ojos por primera vez. Sacó de su bolsillo una pequeña caja de color blanco, cerrada con cinta adhesiva, y me la entregó sin decir nada.

Al detenernos en el segundo piso, volvió a tomarme del brazo y así corrimos hasta el borde de un balcón que se encontraba unos pasos delante de nosotros.

Abajo, la gente había empezado a congregarse. Extrañamente, a pesar de todo, yo me encontraba tranquilo y seguro de que no iba a lastimarme. Algo en su mirada lo decía. Pero aún no llegaba a entender por qué me había dado la caja.

—No la abras todavía. Sólo después que me vaya. No cometas los mismos errores que yo —habló como si estuviera leyendo mi mente.

No tuve tiempo de preguntarle nada. Acercó la punta del revólver a su garganta, debajo de la nuez de Adán, y disparó.

Se desplomó sobre mí. Y la sangre... ¡por Dios! Tanta sangre a borbotones sobre mi ropa, mis zapatos y el ramo de flores.

Me lo saqué de encima. Sentía vergüenza de pensar más en el asco que me producía ensuciarme que en la locura y el drama de ese pobre hombre.

En pocos minutos llegó la policía. Tarde, como en las películas. Sólo atiné a quedarme sentado, apoyado contra la pequeña pared que nos rodeaba.

Guardé la caja en el bolsillo. Tuve la tentación de dejarla tirada o de esconderla en el pantalón del suicida, pero preferí respetar su último deseo. Cuando todos se fueran, la abriría.

Ya en mi departamento, cerca de las cinco, aún no había podido almorzar. Seguía asqueado por la horrible sensación de la sangre caliente sobre mi cuerpo. Volvía a verla, manando con violencia, mojando mis manos y mis pies.

Me senté en el *living*. Acababa de llamar la policía para pedir algunos datos y ver si podía aportar algo más. De paso, me avisaron

que el psicópata no había muerto todavía. Estaba muy grave, internado en el mismo hospital de esta mañana. Era prácticamente imposible que sanara o despertara, según el comisario a cargo de la investigación.

Sin embargo, algo me impulsó a ir a verlo. Para saber más de él o de su vida. Además, me tentaba la idea de dejar la cajita blanca de bordes plateados entre sus pertenencias.

Pero no iba a poder hacerlo.

Unos minutos más tarde estaba en camino del hospital, por segunda vez en pocas horas.

Llegué a la sala de terapia intensiva pero dos oficiales me impidieron el paso. Estaban parados al lado de la puerta, uno de cada lado.

Me preguntaron si tenía relación con él, si era familiar o pariente. No quise decirles mi nombre, sólo contesté que lo había conocido hacía poco tiempo. El más joven me dio el pésame por anticipado y me informó que podía quedarme por allí para esperar el obvio desenlace.

Les agradecí. Di media vuelta y busqué la salida. Había sido un día bastante largo.

Después de subir a un taxi para volver a casa, tomé la caja y me decidí a abrirla. De una vez por todas.

Nunca hubiera podido imaginarme lo que contenía.

Tenía que entregársela a alguien. Pero no a cualquiera. Alguien que fuera capaz de llevar a cabo lo que la caja pedía.

Vi por el espejo retrovisor que el taxista había observado lo mismo que yo. Y supe que comenzó a desearla, con todas sus fuerzas.

Estacionó a los pocos metros, cerca del sector de entrada y salida de ambulancias, y giró hacia mí. Me exigió la caja y no quise dársela. Por eso mismo comenzó a golpearme. En el rostro, en los oídos, en el estómago... pero no la solté. La guardé en mi bolsillo, a salvo de todo.

Tratando de esquivar sus trompadas, bajé del auto. Sin saber hacia dónde iba, empecé a buscar al próximo destinatario.

Advertí que desde lejos nos estaban mirando. Era un hombre calvo, como yo, que

parecía llevar algo pesado en sus manos.

Lo seguí. Enceguecido por el impulso de compartir con alguien especial el contenido de la caja, fui hacia la galería donde se encontraba. Aún sin saber cómo iba a convencerlo de que aceptara.

Se me ocurrió quitarle el arma a un guardia del hospital. Lo hice y corrí con todas mis fuerzas por uno de los pasillos. Mi corazón latía cada vez más rápido. La sangre ensuciaba mi camisa. Tenía el ojo izquierdo semicerrado y mis dientes...

Encontré al calvo y lo tomé del brazo. Con la pistola apunté a su pecho y lo obligué a correr junto a mí, para alejarnos de todo.

Nos refugiamos en un ascensor. Cuando bajamos en el segundo piso, casi sin aliento, le di la caja y le indiqué:

—No la abras todavía. Sólo después que me vaya. No cometas los mismos errores que yo.

No tuvo tiempo de preguntarme nada. Allí mismo, cerca del balcón, acerqué la punta del pequeño revólver a mi garganta y disparé.

Caí sobre él. Y mi sangre... por Dios, tanta sangre a borbotones sobre su ropa, sus zapatos y el ramo de rosas rojas que él seguía sosteniendo entre sus manos, como si fuera un maldito trofeo.

Blog del autor:

<http://gonzalosalesky.blogspot.com.ar>

Cada vez que escucho el rechinar de la puerta me estremezco. Siento mi corazón estrujándose aprisionado en una extraña sensación entremezcla de ansiedad y desolación. Es estúpido... especialmente después de haber escuchado ese sonido cientos de veces, docenas de veces al día.

La habitación donde trabajo es una repulsiva recámara estrecha y pequeña... o al menos así me parece a mí. Puede que sea más grande pero el hecho de que sea mi prisión quizás influye en mi percepción de ella y la siento como una celda asfixiante y claustrofóbica.

Allí recibo incontables clientes todos los días. Nos obligan a trabajar entre doce y diecisiete horas diarias, dependiendo de la cantidad de clientela, especialmente los fines de semana. Como trabajo todos los días sólo reconozco los fines de semana porque la afluencia de clientes aumenta.

Una escucha esas historias dramáticas sobre tráfico sexual de personas pero no puede imaginar lo que significa vivirlas en carne propia...

Los que me explotan son unos pandilleros amenazadores. Unos sujetos turbios, fornidos y peligrosos. Me secuestraron hace ya varios años, no recuerdo cuántos, y me golpean con frecuencia, como a las otras chicas. Al principio las palizas respondían a sus esfuerzos por doblegarme, luego fueron correctivos cada vez que intentaba escapar o desobedecía a un cliente en alguna de sus perversas peticiones... ahora no sé a qué responden, ni me interesa. Desde hace años soy como un autómata sin pensamiento ni voluntad que sólo sigue órdenes silenciosamente. Quizás es sólo una forma de recordarme que pueden matarme o hacerme cosas peores cuando lo deseen y no quieren que me olvide del dolor.

El último cliente se fue y empiezo a sentir esa ansia insoportable y tortuosa por

droga. Mi cuerpo me pide a gritos la dosis de cocaína así que la pido de la forma más respetuosa posible. A veces olvidan darnos agua o comida, pero nunca olvidan la droga pues saben bien que tenernos adictas es parte importante del sistema.

Yo no era adicta antes de ser secuestrada. De hecho nunca había probado drogas, pero ellos me las inyectaron a la fuerza. Aunque admito que hace más soportable esta vida miserable.

Trato de dormir la mayor parte de mi tiempo libre, pero aún eso es imposible. Cuando no estamos atendiendo clientes se nos permite deambular por el burdel. Es un lugar oscuro y sucio, o así lo veo. La mayoría de las chicas como yo se sientan a ver televisión en la sala principal, observando idiotizadas la pantalla con rostros demacrados y lastimeros. Hace años que no me veo en el espejo, yo misma no deseo hacerlo... ¿estaré igual que ellas? ¿Así, toda ojerosa, pálida y ajada?

Me senté en el sofá. Algunas chicas son amigas entre ellas, pero yo nunca lo intenté ni ellas jamás trataron de socializar conmigo.

En la televisión aparece un tipo pelón con una toga roja. Parece un monje budista o algo así, hablando sobre vidas pasadas y karma en un empalagoso programa de entrevistas.

—¿Y qué tal si todo lo que perciben tus sentidos es mentira? ¿Qué tal si el universo entero es una ilusión? ¿Si tu mente es la que produce el mundo en el que vives? —Luego me miró fijamente y dijo: —Sí, te hablo a ti.

Miré atónita la televisión. ¿Me hablaba a mí?

Uno de los matones se levantó y apagó la televisión.

—¡A trabajar putas! ¡Suficiente descanso!

Traté de suplicarle que me dejara ver el programa pero sólo recibí un manotazo como respuesta y que me lanzaran al cuarto donde trabajo con más violencia de la usual.

Pero mientras cumplía mi insoportable labor ese largo día (como todos los días que se me hacían interminables) seguía pensando en las palabras del monje. ¿Y si es este mundo sólo es una amarga pesadilla?

Debo estarme volviendo loca... ¿Pesadilla?

¡Imposible! ¿Qué pesadilla podría ser tan horrible? Además... el monje no hablaba conmigo a través de la televisión, seguramente sólo hablaba con la audiencia. ¡Qué estúpida soy!

Las semanas transcurrieron. A veces pienso en mi familia, o al menos tengo resabios en mi memoria sobre ellos. Recuerdo que tenía toda una amorosa familia que me quería, de la que fui cruelmente separada, al parecer para siempre.

En una ocasión en que me encontraba atendiendo a uno de tantos clientes (no lo puedo describir, con el tiempo se vuelven todos iguales) escuché de nuevo la voz del monje. ¡Pero esta vez en el cuarto!

—El universo es una ilusión. La creación de nuestras mentes. Sólo estamos soñando y no nos damos cuenta. Ayer soñé que era una mariposa. ¿Soy un hombre que sueña que es una mariposa o una mariposa que sueña que es un hombre?

—¿Qué? ¿Qué...? ¿Quién eres? —comencé a gritar histérica— ¿Qué me quieres decir? ¿Cómo puede ser este infierno creación de mi mente? ¡Cállate! ¡Cállate maldito! ¡Maldito seas!

Sobra decir que mi reacción espantó al que estaba conmigo. Esa noche me golpearon y torturaron durante horas como castigo por mi irrespeto y por arriesgar el negocio ahuyentando a un cliente. Mientras me apaleaban estando esposada a unos tubos en el sótano llegué a la conclusión de que estaba loca. ¿Cómo podía ser todo esto producto de mi mente? Ni siquiera la más enferma masoquista podría imaginar un purgatorio como este, mucho menos querer vivir en él.

Allí, con los ojos casi cerrados por los golpes y el sabor de la sangre en mi boca observé una rata moviéndose entre los escondrijos del sótano y vi cómo se lanzó contra una cucaracha y comenzó a devorarla.

—¿Crees que la rata quiere ser una rata? —dijo la voz del monje— ¿o la cucaracha una cucaracha? Ellas también crean el universo en que viven. Nadie quiere vivir en el Samsara, pero el Samsara nos obliga a vivir en su ilusión, ilusión que creamos nosotros mismos. Como un círculo vicioso e interminable.

El monje estaba sentado en posición de loto sobre un bote de basura cerca de mí.

—¿Quién es usted y que quiere!?

—El inconsciente del neurótico es responsable de su sufrimiento, como lo es la caótica mente alucinadora del psicótico. Ellos sufren, como tú. ¿Crees que el esquizofrénico atormentado por las horribles imágenes que observa o las voces que lo torturan es feliz? No. ¡Sufre! ¿Quién provoca su sufrimiento? Su propia mente. ¿Y qué tal si ese es el infierno? ¿Qué tal si al morir quedamos atrapados en una interminable pesadilla?

—El que muere, muere. Descansa. Deja de existir y está en paz. Yo quiero morir...

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si la mente sobrevive indefinidamente tras la muerte y crea un nuevo universo personal?

—¿Estoy muerta? ¿Estoy en el infierno?

Uno de los matones me escuchó hablando sola y bajó las escaleras para propinarme otra tunda... sólo que esta vez sus golpes me llevaron a la inconsciencia.

Pero desperté en una camilla de hospital... o eso parecía. Tenía un extraño aparato en la cabeza que me cubría los oídos y los ojos e instintivamente me lo arranqué. Al quitármelo me percaté de algo extrañísimo... mis brazos no parecían mis brazos, sino que eran brazos masculinos. Mostraban la anatomía y vellosidad de dos brazos de hombre con un extraño tatuaje en el antebrazo derecho. ¿Qué diablos?

Me levanté de la camilla... solo que no era una camilla de hospital normal. Parecía una enorme máquina de encefalogramas donde introducen a los pacientes para hacerles tomografías en la cabeza. Vestía la típica bata de hospital pero... no sé cómo explicarlo... era un hombre.

—Todavía hay activistas que se oponen a este tipo de sanciones. Aseguran que son inusualmente crueles... —dijo una voz en las afueras de la habitación. Reaccioné escondiéndome tras el marco de la puerta y agucé el oído para escucharlo todo.

—Todo comenzó con aquel tipo, creo que era alemán, el que descubrieron que había retenido a su hija por quince años en su sótano para abusar de ella. Decían que la prisión no era suficiente, que debían hacerle vivir exactamente lo mismo que él había

hecho sufrir a su víctima. Entonces la empresa Solipsys, que era especialista en realidad virtual, se ofreció a brindar el servicio. Es un buen negocio.

—¿Entonces todas estas personas cometieron algún crimen?

—Sí. Fueron encontrados culpables. Tenemos de todo; proxenetas, golpeadores de esposas o de hijos, abusadores sexuales. Un tipo que prostituía a sus hijas, una madre que apaleaba a sus hijos, hasta un sujeto que había torturado disidentes en alguna prisión durante una dictadura militar.

—¿Todos viven lo que hicieron sufrir a sus víctimas?

—Exacto. Durante los años que dure la condena, que suelen ser muchos en la mayoría de los casos.

—¿Hay alguien con cadena perpetua?

—Sí, el tipo de la habitación doce. Manejaba un anillo de tráfico sexual y trata de personas. Forzó a la prostitución a docenas de mujeres. El juez lo condenó de por vida.

Allí estaba... claro como pocas veces pude ver un número... un enorme doce grabado en la puerta... aquellos hombres hablaban de mí.

Escuché entonces una alarma.

—¿El de la doce despertó! —dijo una voz en las afueras. Pronto varios tipos entraron a la habitación, todos vestidos de blanco pero no eran médicos ni enfermeros, sino guardias de seguridad. Intenté defenderme pero usaron un aturdidor eléctrico que en segundos me sometió y me convirtió en un cuerpo convulsionante.

Luego me drogaron y me colocaron encima de la máquina. Por algunos momentos pude ver el logo de la empresa constructora, que en verdad decía "Solipsys".

—¿Esto es común? —preguntó uno de los custodios, reconocí su voz como el advenedizo joven que estaba siendo instruido por un compañero más experimentado.

—A veces pasa que se despiertan, pero es muy inusual. Toma en cuenta que trabajamos con sus mentes. En ocasiones sus inconscientes empiezan a enviarles mensajes para que se percaten de que están en un mundo virtual... en una especie de sueño... o

más bien pesadilla. Lo llaman "síndrome gnóstico".

—¿Gnóstico?

—Una antigua religión que creía que el universo entero era el verdadero infierno y una prisión donde nos metió un dios cruel y malvado. Ahora conecta eso y eso... y luego...

No escuché más de lo que dijeron. Sólo desperté, en la cama de siempre. Era una mujer de nuevo y un cliente horrendo y maloliente esperaba ansioso por mis servicios. Tuvo que ser un sueño... nada más que un sueño...

¿Verdad?

El universo de Metro 2033 necesita tu contribución

José Luis Vázquez-Poletti

Porque el universo imaginado por Dmitry Glukhovsky no debe limitarse al metro de Moscú ni ser obra de un solo escritor.

Cuando el escritor ruso Dmitry Glukhovsky usó la red de redes en 2002 para someter su obra a la crítica directa de sus principales destinatarios, no se dio cuenta de que había hecho detonar una bomba nuclear con más megatones de los que podrían tener las que en su obra barren del mapa a las principales ciudades de la Tierra en algún momento del año en el que estamos.

Y es que la obra de Glukhovsky ha evolucionado al denominado "Universo *Metro 2033*", en el que sus habitantes han pasado de una actitud pasiva, proponiendo cambios a las novelas publicadas por el autor ruso, a una más activa, contribuyendo con más títulos para saciar la acuciante sed de contenidos.

Lejos de querer monopolizar la propagación del fenómeno *Metro 2033*, el autor ha visto con muy buenos ojos las expansiones incluso más allá del papel, hasta el extremo de promocionarlas en la página web oficial. De esta manera, se lanzó un videojuego con secuela en camino y hasta se han vendido los derechos para una película, a cuyo estreno más de uno acudirá sin duda con sus mejores galas de *stalker*.

Además, con motivo del próximo lanzamiento de la secuela del videojuego (*Metro: Last Light*), la distribuidora THQ está regalando la versión para PC de la primera. Ésta se puede obtener en <http://www.freemetrogame.com/> y es necesario disponer de una cuenta en Facebook.

Volviendo a la publicación de nuevos

títulos, podemos afirmar que si a la visión de Glukhovsky sobre la libre difusión de su obra se le une el uso de Internet como plataforma de puesta en común de contenidos y opiniones, no se puede obtener una fórmula más ganadora. El propio autor ha estimulado la proliferación de nuevos títulos del universo *Metro 2033* sin restringir el género de las obras, pero exigiendo que cada nueva aportación complemente a las ya existentes, así como algo que para mí es una excelente idea. Dicha idea consiste en que el protagonista cuyas aventuras narre el libro no debe tener más conocimientos que los que pueda tener el autor. Esto garantiza una gran dosis de realismo, haciendo que el relato se vuelva más atractivo todavía.

Y si encima es el propio Glukhovsky el que elige los relatos que más le gustan para su publicación en una importante editorial rusa, el reto es doblemente atractivo.



La Gran Vía de Madrid post apocalíptica imaginada por Marina Ortega. Fuente: Web de la artista.

Han sido numerosos autores los que se han unido a esta iniciativa y ya hay novelas ambientadas en otras ciudades, incluso de fuera de Rusia. Y es que el fenómeno *Metro 2033* hace ya tiempo que ha traspasado fronteras. De esta manera, ya hay contribuciones de países como Reino Unido (la primera en lengua no rusa), Italia, India, Cuba y Japón.

Llegados a este punto, ¿no va siendo hora de que aparezcan más contribuciones en lengua hispana?

Por ello, me gustaría contribuir al universo *Metro 2033* con un pequeño relato, siguiendo por supuesto las reglas impuestas por Dmitry Glukhovsky. En esta historia me gustaría mostrar un aspecto que todavía no he visto abordado en las novelas del universo *Metro 2033* que han pasado por mis manos: ¿en qué consistirá la educación de las nuevas generaciones de la red de metro?

Así que espero sin más que disfruten de la siguiente historia, ambientada en Madrid y para más señas, en lo que antes del apocalipsis de 2013 se llamaba "Ciudad Universitaria".

(Nota editorial: este artículo hace introducción al relato siguiente, Chips de nuestros padres, del que lo hemos separado para mejor ajuste a nuestras guías de contenido, y cuya lectura a continuación aconsejamos a los lectores que no estén siguiendo el orden del índice. Asimismo, lamentamos comunicar que la promoción de regalo del videojuego Metro 2033 a la que hace referencia el artículo ha caducado desde la redacción del mismo.)

Chips de nuestros padres

José Luis Vázquez-Poletti

(Nota editorial: *El siguiente relato es originalmente parte de la misma contribución que el artículo anterior, El universo de Metro 2033 necesita tu contribución, del que lo hemos separado para mejor ajuste a nuestras guías de contenido, y cuya lectura previa aconsejamos a los lectores que no estén siguiendo el orden del índice.*)



Cartel de uno de los accesos a la estación de Ciudad Universitaria. Fuente: archivo personal.

—¡Venga, arriba! —nos gritó el *stalker*—. Ya hemos estado tumbados lo suficiente.

Ese era el procedimiento estándar que nos habían enseñado en innumerables ocasiones, tantas que ya me lo repetía en mi cabeza con cantinela y todo: “si una sombra por encima de tu cabeza ves pasar, tumbate boca abajo, quédate quieto y ponte a rezar”.

Nos levantamos del suelo casi a la vez. Noté que el agarrotamiento del dedo que tenía puesto en el gatillo de la pistola desaparecía por momentos, así como la adrenalina que hacía un momento me había invadido por completo. También dejé de morder compulsivamente la boquilla de mi máscara antigás.

Hacía casi una hora que habíamos salido del metro en la boca de Ciudad Universitaria y nos habíamos movido de cobertura en cobertura para evitar desagradables sorpresas, como el ser alado que nos había estado

acosando en la zona deportiva, llamada Paraninfo según el mapa que nos entregaron.

Pensaba que conseguir la autorización para salir al exterior iba a ser menos problemático. Al fin y al cabo, teníamos la obligación de realizar una expedición como mínimo en nuestra vida para ver con nuestros propios ojos aquello de lo que había estado escondiéndose el ser humano en los últimos 20 años.



Zona de deportes norte de la Universidad Complutense de Madrid. Fuente: archivo personal.

El problema es que siendo Ciudad Universitaria la última estación de la línea llamada Universitaria (valga la redundancia) y habiéndose duplicado en el último mes los encuentros con lobos mutados, el jefe de estación quería ser precavido a la hora de abrir las puertas. Ciudad Universitaria es la última estación de la línea que proviene del gran conmutador de Cuatro Caminos. Dicha línea era circular hace 2 décadas, pero las bombas se encargaron de seccionarla por lo menos en Nuevos Ministerios por el norte y Moncloa por el sur. De hecho, la radiación es muy alta en Moncloa debido a que allí se encuentra el Ministerio del Aire... o lo que queda de él.

—Eso sí que ha estado cerca, ¿eh? —me dijo mi compañero, intentando ocultar su nerviosismo con una sonrisa—. Te apuesto lo que quieras a que ese bicho tiene el nido en el CIEMAT, ¡ahí sí que se debe haber puesto tibio de radiación!

El CIEMAT estaba ubicado a 300 metros de nuestra posición y lo que nos explicaron en clase es que se trataba de un centro de investigación relacionado con la energía atómica, la misma que nos ha condenado por generaciones a vivir en el subsuelo.

Pero efectivamente, antes he dicho clase. Y es que tras superar el shock de los bombardeos de 2013, la gente de la sección

norte del metro de Madrid comprendió que la situación iba para largo y que pasarían varias décadas hasta que pudiéramos caminar por el exterior sin protección. Una vez asegurada la producción de energía y comida (mis padres son unos de tantos cultivadores de setas en Canal), llegó el momento de pensar en la formación de las nuevas generaciones.

El día de la catástrofe muchos profesores pudieron refugiarse en el metro y fueron éstos los que conformaron el rectorado de la que pasó a llamarse la "Nueva Universidad de Madrid". El rector tuvo inmediatamente poder absoluto en toda la línea Universitaria, incluso por encima de los jefes de estación. De hecho, nosotros pudimos saltarnos el cierre gracias a una orden firmada por él.

Las caras de nuestros compañeros cuando desfilamos ceremoniosamente hasta la compuerta fueron de tanta envidia como lo fue de fastidio la del *stalker* que teníamos asignado, y que por tanto, haría de nuestra niñera.



Fachada de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Fuente: archivo personal.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó mi compañero al *stalker* que nos habían asignado y que ni se había dignado a decirnos su nombre—. Esas son las facultades del este del paraninfo.

—Eso es —me adelanté yo mirando el mapa y con un cierto aire de superioridad autoconferido, a lo que nuestra niñera se limitó a gruñir—. Ahí está la Facultad de Filosofía, donde estudiaba la mujer del profesor.

—Nunca la llegó a encontrar, y eso que ha ido pidiendo excedencias para recorrer todo el metro en su búsqueda —afirmó mi amigo.

—Yo he oído que llegó hasta Metrosur y

allí la gente era caníbal.

—Metrosur no existe —me interrumpió secamente el *stalker*—. Las bombas cayeron en Cuatro Vientos y la zona de los cuarteles barriéndolo todo. —Y antes de que pudiera replicar, añadió: —He estado allí, yo lo acompañé.

Una vez que el poder académico fue instaurado y sus límites definidos, se proclamó que todos los chicos de 14 años que supieran leer, escribir y hacer operaciones matemáticas sencillas (esto corría a cargo de tus padres) realizarían una estancia de dos años en la línea Universitaria para formarse. Son dos años duros porque no ves a tu familia, pero a cambio estrechas amistad con gente de otras estaciones que está en igualdad de condiciones contigo.

Porque claro, solo los llamados “universitarios” podíamos estar en esa línea, a excepción del personal de seguridad cuyos costes son sufragados por el resto de estaciones. Somos unos privilegiados porque disponemos de más espacio que los demás (de camino a esta línea vi cómo dormía la gente hacinada en ciertas estaciones) y nuestras bombillas lucen tanto que a los novatos se les debe dar gafas de sol que no deben quitarse durante los dos primeros días bajo ningún concepto. Además, los alimentos son de primera, cortesía del resto del metro.

A cambio debemos cursar una serie de asignaturas que son impartidas por los profesores y dejarnos la piel en el estudio. Al día tenemos 10 horas de clase, dedicándole el resto a tareas de limpieza y mantenimiento, así como al descanso. La disciplina fuera de las aulas, improvisadas con biombos en los andenes de las estaciones de Metropolitano y Ciudad Universitaria, es muy dura. Para colmo, tenemos algún que otro profesor con mala idea.

Aunque oficialmente íbamos a cumplir con nuestra obligación de salir al exterior para

complementar nuestra formación y de paso recoger material que pudiera ser de utilidad para las clases, era de todos conocidos que el rector había firmado aquella orden porque tenía un interés personal en nuestra expedición.

—¿Te acuerdas cuando aquel zopenco le preguntó al profesor a santo de qué debíamos estudiar Informática si la energía disponible en el metro es mínima? —me preguntó mi compañero sonriendo.

—¡Vaya si me acuerdo! —Tuve que contener una carcajada para evitar la reprimenda del *stalker* por hacer demasiado ruido—. Le respondió que por esa regla de tres, ¿por qué iba vestido? Al fin y al cabo, si estamos abocados a no progresar, el metro acabará en la oscuridad y

llevar ropa ya no será necesario para esconder nuestras vergüenzas.

—Lo mismo decía de la asignatura de Filosofía, ¿verdad? —replicó mi amigo.

—Cierto —afirmé solemnemente y citando casi de memoria—: él siempre citaba a un tal Von Braun, el cual escribió que la Filosofía era la reina de todas las ciencias y, por tanto, nuestra mejor arma ante

la indeterminación que nos rodea.

—Chicos, cambiad los filtros de aire —nos ordenó el *stalker*—, hemos llegado.

Nuestra misión oficial era clara: ir a los laboratorios de la segunda planta y recuperar todo el material electrónico que pueda utilizarse para las clases. Chips, cables, herramientas de precisión... Hasta la fecha se había saqueado la Facultad de Físicas por estar más cerca y por tanto, la de Informática era terreno casi virgen.

La misión extraoficial se basaba en una corazonada del rector. Hacía una semana que nuestro profesor de Informática había abandonado la estación y todavía no había vuelto. Esto sería hasta cierto punto normal, considerando que empleó los últimos 20 años en buscar a su familia por toda la red de metro,



Facultad de Informática de la Universidad Complutense de Madrid. Fuente: retoque propio a partir de imagen de la web oficial.

si no fuera porque abandonó la estación por arriba con un “vuelvo al origen” como única despedida.

Así que ahí estábamos, entrando en la Facultad de Informática, el posible origen mencionado por nuestro querido profesor.

Accedimos a la segunda planta no sin cierta dificultad, puesto que parte del techo se había venido abajo en el descansillo entre la planta baja y la primera y nos tocó quitar escombros. Me di cuenta de que el plan de evacuación había funcionado a la perfección aquí porque no encontramos ni un solo cadáver en nuestro camino. Todo lo contrario de la Avenida Complutense, donde muchos hallaron la muerte en un absurdo atasco de coches o directamente, a las puertas cerradas del propio metro.

Reventamos los armarios de los técnicos de laboratorio y llenamos nuestras mochilas con material. En particular, di con un multímetro que estaba en perfecto estado salvo por el hecho de que la batería necesitaba una recarga. También hicimos el lleno de destornilladores de precisión.

—Bien —nos dijo el *stalker*—, es hora de marcharnos.

—Un momento —replicó mi compañero—. ¿Dónde puede estar el origen que dijo nuestro profesor?

Enseguida lo entendí.

—¿Esta facultad no tiene un museo? —pregunté al *stalker*.

—Mmmm... —Se quedó pensativo hasta que de repente se dio la vuelta y corrió hacia las escaleras—. ¡Seguidme!

Embargados por la emoción fuimos corriendo detrás del *stalker*. Nos dirigimos nuevamente a las escaleras pero esta vez para subir a la tercera planta.

Enseguida recordé que nuestro querido profesor nos hablaba de un museo de la Informática donde descansaba ni más ni menos que el primer ordenador que se fabricó en España. Se trataba del Analizador

Diferencial Electrónico y siempre era usado como ejemplo sobre el instinto de superación que teníamos que demostrar en tiempos difíciles.

Nos decía en clase una y otra vez a propósito de tan insigne máquina: “¿Qué hizo el Hombre cuando no pudo resolver problemas a la velocidad que quería? ¿Rendirse y quedarse escondido en el subsuelo de la Ciencia? ¡Jamás! (Aquí se despertaba sobresaltado más de uno.) Decidió usar su ingenio, fabricar sus propias herramientas... ¡su futuro! Porque vosotros, mis queridos alumnos, vosotros sois los vectores del futuro y heredaréis el mundo que hay sobre nuestras cabezas. Cada uno de vosotros está destinado, ¡a algo grande!”



Detalle del Analizador Diferencial Electrónico, primer ordenador fabricado en España y conservado en el Museo de la Informática García Santesmases de la Universidad Complutense de Madrid. Fuente: archivo personal.

Siempre había alguno que se tomaba a pitorreo estos raptos de nuestro profesor, pero en general se le profesaba un gran respeto y, en mi caso, una enorme admiración.

—¡Venid aquí! —oí al *stalker* escaleras arriba—. ¡Lo he encontrado!

Mi compañero y yo aceleramos más todavía el paso. Llegamos sofocados a la

planta de arriba.

Y efectivamente, ahí estaba.

Reposaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la máquina de la que tantas veces nos había hablado.

Llevaba puesto su birrete de doctor, ya destrozado por el paso del tiempo, pero que siempre se ponía ceremoniosamente para impartirnos su asignatura.

En la mano sujetaba una foto. En ella aparecía la que sin duda era su esposa, una mujer bellísima, que posaba sonriente para quien la había retratado. Su dulce y cómplice sonrisa me cautivó, y eso que nunca la llegué a conocer.

Enseguida entendí la energía innata que había acompañado a nuestro profesor durante su búsqueda infructuosa. Esa imagen de su

mujer se la había estado comunicando y él la guardaba como su objeto más preciado, hasta el extremo que nadie conocía su existencia.

Pero la melancolía se había apoderado de él. Años aleccionando a las nuevas generaciones del metro de Madrid sobre el futuro y él había decidido que pertenecía al pasado... un pasado que ya no tenía cabida en el mundo actual, como tampoco su propia felicidad junto a la mujer que tanto amó y jamás pudo encontrar. Por eso, se había arrancado voluntariamente la máscara antigás y había dejado que los gases tóxicos hicieran lentamente su trabajo en este lugar tan lleno de significado.

Nos quedamos un buen tiempo sin apartar la mirada de nuestro profesor y mucho menos sin decir nada.

El *stalker* fue el primero que rompió el hechizo que nos había sumido, retirándose hacia el descansillo.

Casi a la vez, mi compañero y yo depositamos en los bolsillos del chaleco de nuestro profesor una bala cada uno como acto de ofrenda.

A continuación, nos pusimos la mano derecha en el corazón y mirando siempre a nuestro querido profesor, comenzamos a cantar en su honor el himno de la línea Universitaria:

"Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus..."

MÁS INFORMACIÓN

Portal oficial de Metro 2033:

<http://metro2033.ru/>

Universidad Complutense de Madrid:

<http://www.ucm.es/>

Plano interactivo del Metro de Madrid (indispensable en un relato del universo *Metro 2033*):

<http://prs.metromadrid.es/metro/mapametroull.asp>

Museo de la Informática García Santesmases:

<http://www.fdi.ucm.es/migs/>

Patrulla nocturna

José Luis Carrasco Sánchez-Algaba

Pantalla uno: Polonio traba amistad con
Pantalla dos: Disturbios en distrito cuarto
Pantalla tres: Claudio evita en público a
Pantalla cuatro: El sindicato de futbolistas
publicita sus documentos sobre su estrategia
comercial y reconoce que los cambios en su
"volumen de negocio" han influido en sus
ambiciones. Muy positivamente Pantalla uno:
Polonio Pantalla dos: Ronelda confiesa que en
su juventud fue discriminada por su condición
de inteligencia artificial Pantalla tres:

—Esta mañana hablamos con Malkiel, el
famoso viajero de los diez milenios.

—Hola... acércame tu insignia, mi vista se
ha vendido a los conspiradores de la vejez
junto a las canas y este dolor en los huesos...
Linda. Sigo sin acostumbrarme a vuestras
peculiares formalidades. Nadie me recriminará
que no he aprendido vuestra manera de ser
sinceros.

—¡Y a mí hacerme a tus frases tan largas!
Guau, Malkiel. Perdona, *Pater Operator*, ¿lo he
dicho bien?

—Vive Dios que sí, Linda, y observa la
ligereza con que uso el término Dios. Quiero
que la gente lo entienda sin ambigüedades.
Me considero uno más.

—Lo sabemos. ¡Bueno, mírame hablar,
representando a una ciudad de cien millones
de habitantes!

—Que no te extrañe. De donde yo vengo,
una tribu era muy reducida, tanto como no
puedes imaginar, pero nos unían lazos tan
estrechos como a ti con tus compatriotas. El
concepto de prole es de lo más flexible.

—Muchos de ellos se van a preguntar
eso. ¿De dónde vienes?

—De todo lo lejos que he podido. La
primera vez que me perdí en esta zona conté
una chumbera y dos erizos peleando por su
sombra. ¿Qué te parece?

—¿Nada más?

—Hablamos de varios miles de años, querida. ¿Te hace eso ampliar tu reflexión sobre mi procedencia?

—¡No, no me da la imaginación para tanto!

—Calcula si quieres: treinta y seis millones quinientos mil días. No los he vivido todos, por supuesto.

—¿Hablas de viajes en el tiempo?

—Correcto, corazón, así llegué a la ciudad. Una buena alternativa para jubilarse, si bien involuntaria. Los impulsores fallaron. Llevo una eternidad tratando de arreglarlos. Por desgracia, vuestros ingenieros no parecen capaces de echarme un cable. Quizá me llegue en sueños la solución.

Las cámaras recogían en abierto y con rango para todas las familias, humanas y artificiales, las declaraciones de Malkiel, con las que esperaba difuminar la fama de secreto de estado que lo perseguía desde su aparatoso descenso en la torre del gobierno central. No le resultó demasiado arduo, para su sorpresa, resumir diez mil años en un par de horas. Los meandros de su existencia, en perspectiva, repetían un puñado de esquemas, centrados en la persecución, la guerra y la supervivencia. Una singladura empapada en sangre a través de civilizaciones de diferente madurez y cultura, un máximo de cuatro o cinco años por estancia y una serie de bajas irremplazables, consecuencias de sus enfrentamientos con otras bandas. Su embarcación, al final de su último viaje, casi se pilotaba sola. Los intervalos de tiempo mermaron con el cumplir de los años. Acabó por perder la cuenta de su propia edad, olvidadas las referencias de siempre: lugar de nacimiento, los meses o años vividos en cada lugar, el cálculo de los años bisiestos... en su juventud lo registraba todo en el diario de bitácora pero en un arranque de furia y medio borracho de un licor amargo, lo borró sin detenerse a pensarlo. April había escapado de la nave para verse a hurtadillas con un chico. La ausencia de una madre nunca facilita una educación. A su regreso anunció que se quedaba. Su amor y su deseo de formar una familia eran las razones, pero si él dejaba de viajar, encontraba o soñaba con nuevos enemigos. Tuvieron que despedirse.

Solo, sin edad ni un documento que le acreditara en las naciones que visitó, en su

mayoría ultratecnificadas, no se decantó por ninguna. La elección le vino impuesta cuando en su última travesía despertó rodeado por un equipo de emergencias que le informó que llevaba horas inconsciente. Un *jet lag* de cien años no se aconseja a personas mayores.

Por cierto, cuando despertó, April se hallaba con él. Era idéntica a ella, por lo menos.

Dedicaron el final de la conversación a sus envejecidas piernas mecánicas, un par de bastos ingenios hidráulicos que parecían diseñados por un ingeniero de la prehistoria con más prisa que instrumentos. Malkiel, que ligó su sobrenombre, *Pater Operator*, a sus piernas, explicó de corrido que un androide de un clan rival le mutiló en su niñez. Luego explicó entre risitas pícaras cómo lo destruyó. Con un mohín, la periodista rehuyó fijarse en ellas.

Linda, una IA de dos años de edad, declamaba sus frases con encanto para el canal 14. Incluso de haber tenido una edad acorde a su imagen, Malkiel hubiera podido seguir siendo su abuelo ciento cuarenta veces. Un reflejo de la chica era nuevo para él, la conexión mental con las noticias locales. Sabía el segundo exacto en que su mente recibía el impulso electrónico para desviar su conciencia a otro programa. Sonrió educado. ¿Qué importaba, ni siquiera compartían el mismo espacio? Linda y Malkiel no se habían movido de los salones de sus respectivos pisos. Una tarde de perros afuera. Relámpagos resplandecían en la superficie opaca de la cúpula de un barrio de gestores, demandando la atención de la brigada de conflicto y comunicaciones, según los teletipos que Linda compartía con él entre frase y frase. A veces se despistaba y le colaba un bloque de comentarios no destinados a él. Las IA optaban voluntariamente por una imagen más humana gracias a los fallos deliberados en su programación.

—Esto es el futuro. El primero que va por delante de mí. Sabía que no me quedaban oportunidades. Se me hace muy duro viajar. Linda, me recuerdas a un oso de peluche. Un poco como mi hija...

—Se nos acaba el tiempo. Para vosotros, suscriptores, en dos minutos saldrá por escrito en los canales de texto. Un honor, señor

Malkiel, de verdad.

Al apagarse las luces de los proyectores la habitación encogió, como si los fondos falsos le hubieran transportado a un verdadero plató de televisión. El ambiente recuperó también su temperatura cuando los potentes focos dejaron de emitir su calor. Bajo las etéreas mallas tridimensionales apareció una jovencita de rostro de cuento de hadas, ligera de pies, manos, hombros y muñecas, mirada digna de ser mirada y perfume de otro planeta.

Le invitó a tomar asiento. Las paredes se estremecieron con las noticias de la tarde. La niña esquivó a la pata coja los proyectores del suelo, flexionó sus piernas sobre el sofá y bajo ellas se ocultaron sus pies. El cojín vibró suavemente al notar la presión sus sensores. Un gato acompañaba a April en la casa, siempre dormido entre ellos. Escándalo de tráfico de influencias afecta a estrella mediática. Sigue una película.

A la niña le perdía la ropa de fiesta, que llevaba con poca comodidad en cualquier situación, preparada para el exterior sin más prolegómeno que una sombra de rímel. El ambiente mismo olía a calle, a comida rápida para llevar, aún cálida, que transmitía su olor a salsa y pan tostado, a sonidos de conversaciones. Hasta el silencio del piso sonaba a silencio de carretera surcada por una combinación de discretos vehículos eléctricos y livianos ciclistas. Los neones de la calle maquillaban su rostro.

—Esta noche hay conciertos gratis en el auditorio, ¿recuerdas?

—No conviene, gorrión —dijo él, y en torno suyo cavilaron siervos mecánicos—. Me preocupa tu seguridad.

—Solo por esta vez. Cuéntame, ¿quién va a salir un martes?

Eso, ¿quién?, reflexionó. ¿Un agente del orden, un periodista en busca de una crónica con gancho, un testigo potencial con la cámara del teléfono a mano?

—Pequeña, un día cederé, y me romperás el corazón.

April aparecía por triplicado en dos espejos; con una boa de plumas superpuesta, que colgaba detrás en un armario, otra medio

escondida tras una caja de cartón con el logotipo amarillo de una empresa de comida rápida, la tercera aún frente a él, en el sofá.

Guardó silencio, absorto en sus ojos. ¿Correría a encerrarse en su cuarto según su costumbre? Y si no, ¿le expondría una vez más sus impresiones, tan vagas, sobre la realidad de su condición, la que le obligaba a preservarla en casa? Un buen montón de recuerdos le asaltaban al hablar con ella. Su compañía en los viajes, tantos como las muescas de su cuchillo en las paredes de la cabina de su nave. Un salto en el tiempo, un siglo, un fogonazo en los interfaces, una edad, un parpadeo que le muestra un nuevo horizonte, una era. Dure lo que dure ese ambiguo término. April estaba tan imbuida de tiempo como él, separada del fondo: un hermoso cuadro en una pared de plástico. Antes era distinto. Al principio disfrutó al igual que cualquiera de un padre y una madre. A ella, contratado pronóstico en una vida de piratas, se la llevaron unas fiebres. Para él, bueno, era distinto. Seguía adelante, cargando con el fardo de la perpetuidad.

Una escala de notas graves se coló entre ellos, y la niña lo aprovechó para marcharse. Malkiel descolgó mientras se frotaba los ojos con índice y pulgar. Siempre veía motas borrosas después de cada encontronazo con April la díscola, April la niña eterna.

Al otro lado Claim espetó sus frases sin respiros ni saludos. Le urgió que sin retrasarlo un segundo se pusiera lo más parecido a un traje de gala que durmiera en su armario. Si no lo tenía, cualquier prenda de negro daría el pego. Que volara a la avenida de la Concordia. Se esperaba una manifestación de IA por la tarde. Que no pensara ni por un minuto en su propio coche. El taxi iría de su cuenta. Para evitar reacciones programadas, la inauguración de bosque Gea se adelantaba, casi por sorpresa, al día de hoy. Que corriera. Que corriera ya. Avisó a April que debía marcharse por un rato a través de la puerta de madera y que cenarían algo rico aquella noche.

El taxista era un prototipo de aficionado a los deportes de inteligencia artificial, música de radio alta, brazos musculosos, gafas gruesas de muchos aumentos, habituales en los que han quemado sus pestañas en competiciones virtuales de varias horas al día y

en la noche, que protegían unos ojos que a través del retrovisor intuyó como de los mejores del mercado. El hombre no le reconoció, y Malkiel agradeció los minutos extra de no-tengo-comentarios sobre las luces nocturnas y proyecciones amorfas en los callejones y otras zonas mal iluminadas. Las visitas de la policía no habían pasado desapercibidas para cualquier vecino con un mínimo interés. Desechó aquellos pensamientos tratando de sustituirlos por otros, pero éstos no duraban mucho en su fuero interno, y en seguida recuperaban su lugar aquellas imágenes de patrullas policiales y ciudadanas, barriendo la ciudad de lo que llamaban, sin percatarse de la redundancia, "contaminación lumínica residual".

Con un roce del mapa, el conductor aceptó las coordenadas para aparcar del ordenador de a bordo. Un despliegue en semicírculo de furgonetas y equipos móviles se dibujaba en torno a una vasta zona salpicada de árboles, en cuyo umbral se alzaba un estrado rectangular, separado de la vegetación por un voluminoso cartel con el logotipo de la b minúscula y la G mayúscula. Malkiel distinguió enseñas triunfales por doquier: fotos del presidente, brazos alzados, dedos con la señal de la victoria, su sonrisa y la de una fotogénica masa a sus espaldas, todos vestidos con ropa colorida y caracterizados con el aura de la esperanza, que los rodeaba con un hilo invisible, en pública comunión. Como su reflejo pálido, otra masa se había agolpado, según la radio del taxista, alrededor del estrado, tan pronto vieron alzado este sobre unos andamios. Los agoreros vivían a la espera de un nuevo conflicto entre las IA y humanos. Malkiel bajó la ventanilla y aspiró a bocanadas un perfume embriagador.

Al fondo de la avenida asomaban los árboles más altos, aquellas recreaciones genéticas en las que había colaborado los últimos meses. Ocupaban una serie de solares que se extendían, para él, hasta el infinito, donde ya el horizonte no lograba interponer nuevos edificios. Diversas fuentes luminosas de led rojos, verdes y azules ensartaban las copas de los abedules, y por encima de ellos el tejido de la ciudad superior con las viviendas de la clase alta.

Pagó con tarjeta. Nada más pisar el suelo se topó con las primeras filas de fanáticos. ¿Le

reconocerían incluso en pleno trance? No eran posibles los equívocos. La cirugía hidráulica era mucho más sutil entonces que en su juventud. Muchos asistentes respiraban con pulmones de silicona, aplaudían con manos mecánicas y escuchaban con oídos conectados al satélite de comunicaciones de la comunidad. La otra mitad no había nacido de mujer. Una bonita muestra de humanidad, pero ni sus explicaciones como héroe de guerra convencían a las ancianas para no cambiarse de acera. Al fin y al cabo, ellos tampoco habían conocido combates tal y como él los recordaba.

El sonido de la voz, la música, a toda potencia, saturaba el aire y a sus oídos acostumbrados al silencio de las fronteras y los desiertos, les dificultaba atender al discurso. Desprendido del significado de las frases, la transmisión de los altavoces se transformó para él en un continuo melódico, una fluctuación sedosa que envolvía a la audiencia como un hilo. Atendió a las palabras: que un nuevo espacio para la naturaleza, que un reencuentro con las raíces, que un lugar de liberación personal en estos tiempos en que no merecía la pena mirar por la ventana.

Entre empujones y disculpas, Malkiel se hizo paso por el gentío hasta la plataforma sin que los guardias de seguridad movieran un dedo para allanarle el camino.

—Zafarrancho de combate.

El presidente mostraba su acostumbrado magnetismo verbal. Su figura espigada florecía entre la marea de periodistas como un cirio negro. Señaló a sus espaldas para describir no lo que la gente veía, sobresaliendo del cartel hacia un horizonte verde, sino lo que conformaría su futuro en el barrio, un proyecto al que sucederían otros, fuentes de oxígeno y hábitats animales desconocidos para las últimas generaciones. Formaba parte de la historia la competición prolongada entre la industria química, erigida en salvadora de la sociedad civilizada tras la debacle de los vehículos eléctricos, con los petrolíferos sintéticos, que contraatacaron con medidas muy similares al chantaje, de resultados que todo el continente se vio en una encrucijada. Ofertas de precios bajos, crisis financiera, promesas privadas de desarrollo acelerado... un bonito caldo de cultivo para la expansión

en el que los grupos ecologistas tenían todas las de perder, hasta el punto de ser tachados prácticamente de brujos. Una nueva inquisición corporativa había nacido, y con la sombra de la miseria acechando en cada estado, se derribaron las últimas fronteras éticas. Adiós, bosques y valles, cuencas mineras, protecciones del patrimonio, adiós.

A la vez, la creación de vida inteligente de la nada en masa y sin control disparó el crecimiento de la población. Las inteligencias artificiales eran el recurso perfecto para mano de obra barata y como soldados en las guerras transoceánicas, hasta que se reconocieron sus plenos derechos. Para entonces el abismo entre clases se mostraba insalvable y de la naturaleza sólo quedaban estériles rescoldos.

Las hemerotecas digitales contaban las consecuencias: al principio los líderes enarbolaron la bandera de lo temporal. Cuando recuperemos los niveles de ciudadanos con empleo, cuando superemos la decadencia, regresaremos a la normalidad. Generaremos, mientras tanto, agua y oxígeno con filtros. Nada más fácil. Luego la normalidad, dejó de ser un término con sentido para formar una nueva variable financiera. Inversión en normalidad. Los abuelos aún recordaban una vida entre extensiones salvajes. Para ellos se concibió el proyecto Bosque Gea; un bosque dentro de la ciudad. El mundo al revés.

El público estaba en manos del presidente y él, envuelto en una música y luces celestiales, se elevaba sobre ellos como un campeón olímpico. Claim subió a escena para leer un desordenado legajo de papeles que resumían la experiencia de resucitar varias hectáreas de árboles, y las necesidades técnicas y de infraestructura que habían sido necesarias para plantar los primeros centímetros de abono. La figura de Malkiel se asoció al proyecto ecológico en calidad de consultor. Prácticamente no quedaba nadie que hubiera recorrido un bosque salvo él. La cinta inaugural fue cortada; más aplausos, apretones de manos, saludos a cámara y la clausura.

El fragor de las calles abarrotadas retrotrajo a Malkiel a los tiempos de la pólvora y el hollín. Cuatro coches oficiales se llevaron a la cohorte política. Claim entró en uno, sin

llegar a divisarle entre el gentío. Los nuevos modelos antigraavedad despegaban en vertical y sin aceleración previa. Antes de que la audiencia volviera a sus casas, el vehículo del presidente flotó hacia el cielo para confundirse entre nubes.

Dar un paso a través de la aglomeración resultaba todo un logro. Ni en sus expediciones por parajes yermos ni ahora en la ciudad, donde rehuía a las masas, hubiera soñado con algo así. Una oleada de taxis de carretera y antigravitatorios acudió al rescate, pero la parada quedaba lejos de su alcance, y ni siquiera los refuerzos lograron despejar la plaza: un racimo de brazos se alzaban para ocuparlos antes de que tomaran tierra. A mitad de camino renunció y buscó el atajo más próximo a la acera.

Quince minutos más tarde se alejaba por fin del evento, guiándose con el mapa de la tableta. Vehículos pululaban por la gran avenida como moscas. Atravesó una maraña de luces eléctricas, una espesa mezcla de alumbrado urbano, publicidad y trabajadores urbanos a los que la pobre luz natural no bastaba ni para reconocer la punta de sus destornilladores. Pasado el mediodía las superestructuras tentaculares de las clases altas y los conglomerados de la restauración de lujo, a varios kilómetros del suelo, se apropiaban de los rayos del sol.

El distrito centro siete quedaba atrás. La distancia entre farolas fue aumentando y la intensidad de su luz, disminuyendo. Ya escaseaban los paneles móviles publicitarios, y al entrar en las pobladas zonas residenciales, éstos limitaron sus avisos y rebajaron su tono. Sólo el zumbido de estática de algún coche solitario se impuso al silencio. Luces lejanas de posición para el tráfico aéreo al fondo. Entrevió más allá, tapada por livianos bloques de viviendas, la callada actividad de una base militar, su pista de despegue desierta. Le hizo gracia aquel espacio vacío. En la avenida principal desembocaba un sinfín de callejones adyacentes de cuyas tinieblas surgían paseantes apresurados. Abajo siempre era más de noche que arriba. Miró a su espalda: ni rastro del bosque. Llegaría en cinco minutos, a casa, a sus recuerdos y a April, y no estaba seguro de si los primeros pertenecían a ella o al revés.

Sobre las lunas de los pocos comercios que daban a la calle, y en los cristales esmerilados de los edificios, Malkiel no vio los destellos propagarse en línea recta. Pequeños chispazos zigzaguearon en vertical de arriba abajo, como zánganos brotados de las cápsulas de luz de las farolas. Los haces parpadearon, hambrientos de nuevos espacios, y en sus reflejos escalaron los edificios, a tramos gualdas, otros bermellones, y cada aparato de mantenimiento ambiental anclado en la pared rugió e hizo temblar su estructura viga por viga. Costó medio segundo que tomaran las terrazas, y en armonía capturaron las antenas parabólicas, envolviéndolas como serpientes con sus cuerpos.

Mientras la sombra de Malkiel giraba en una esquina, el enfrentamiento de la pléyade alambicada de formas luminosas desafiaba a la noche. Unas, semejantes a grandes nubes de gas, tornaban de color, mudando del negro al gris al blanco y viceversa, para enredarse con unas palmas blancas y extensas, que surcaban el aire. Tomada la casa, el zigzag indómito se extendió como una sábana, suave y fría, sobre las colindantes, en busca de terreno donde alimentarse de más luz, hacia el centro de la ciudad.

La voz mecánica de William le dio la bienvenida. Un tono electrónico anunció la regulación de la temperatura, el tinte específico de las ventanas de acuerdo a los neones de fuera, de cuyas emisiones se beneficiaban las células eléctricas externas y el murmullo de ruido blanco que aislaba las estancias en su propia quietud. El anciano silbó para April una melodía de dibujos animados:

—¿Quién quiere pescado fresco de las simas subterráneas?

Su perfume invadía el cuarto, el despacho mismo vibraba de ausencia, pero se trataba de algo transitorio. De los dispositivos móviles sólo quedaban los cargadores, de cuyas entradas manaban los cables como hilos de petróleo. Con un gesto de barrido los armarios entendieron que debían abrirse. A las perchas les faltaba bailar de pura sensación de apremio. En la cocina, una taza de té aún caliente. Corrió a la ducha: los sensores del suelo no habían terminado de secar el vaho en

el espejo. Se había marchado. Cerró de un portazo mientras se preguntaba si April esquivaría con éxito las patrullas nocturnas. Cómo culparla, discurrió, si apenas él lograba sacar conclusiones.

—April, tienes edad para enfadarte, pero no para comprender, ¡y yo tampoco! Un *strangelet*... ominoso término. Suena a espíritu convocado de las profundidades. La biblioteca de la nave apenas lo menciona. He leído lo poco que hay, y aún me sorprende. Una manifestación de materia nuclear generada por los motores de la Tejedora. Obviamente estable y racional, y provista de memoria también. ¿Podría preguntar a los investigadores del gobierno? No, antes muerto. La diseccionarían como Newton al espectro luminoso. Algún día entenderás, de verdad, por qué debes permanecer en casa. Sólo necesitamos tiempo, lo que siempre he tenido a placer. Además, la teoría no lo es todo. Lo más importante es que siempre te he querido.

Caminaba con lo puesto. Conocía las calles como si las hubiera diseñado. Quizá lo hizo en sueños; la alineación en cuadrícula tan perfecta, tan simétrica, no parecía producto de unas manos humanas, aunque sus vecinos lo asumían con tranquilidad. Letreros sociales de pantalla de aire avisaban:

“Congestión de tráfico avenidas Perelman y Koshiba”

“Itinerarios recomendados por avenidas pares”

“Colapso en estaciones intermodales distritos centro 1 a 9”

“Disturbios en bosque Gea”

“No confíe en su software: conduzca con prudencia”

Leyó en diagonal hasta la penúltima línea. Llamó por teléfono y de las alturas descendieron dos luces de focos amarillos y una señal de alarma, el clásico sonido de claxon de los coches antiguos. Los vehículos hicieron paso en la carretera, y uno estacionado sin permiso en una parada de transporte público se esfumó a toda prisa. El ambiente se llenó del humo de la nobleza. Los aerotaxis de la zona de clase alta eran caros, pero para eso estaba el dinero. Pidió que le llevaran a bosque Gea.

A lo lejos cantaba un ronroneo agudo. Bajó la ventanilla para oír mejor. Sirenas de policía. El viento despejaría sus nervios, pero el último al que se le ocurrió asomarse salió en las fotos del periódico con sólo dos dedos en la mano izquierda.

Las luces de bosque Gea en la oscuridad producían el efecto de un jardín de plástico en un acuario. Un puñado de ciudadanos se alejaba de sus lindes como pececillos asustados. Al ras de las copas de los árboles, las visiones se imbricaban como adornos de Navidad, y coloreaban su ramaje de una mezcla de añil y oliva. Desde lejos el ambiente era casi hogareño. Vehículos de la guardia nacional abrazaban el perímetro. Apuntaban sus focos al centro de la actividad; un manojo denso de parpadeos de unos diez metros cúbicos. Dos mitades partían el cúmulo en un *ying* y *yang* de tonalidades opuestas, que se intercambiaban en cada latido.

Tajima controlaba los accesos con un disuasorio nervioso con una potente luz en el extremo. Seis o siete guardias a su espalda calentaban un generador del que manaban varios cables y que murmuraba una áspera letanía desde las entrañas de su motor como un airado dios hindú. El más largo de esos brazos, bifurcado en muchas extensiones, alimentaba varios trajes aislantes de escafandra gruesa y opaca. Los hombres esperaron su turno y cuando la luz de cada extensión pasó del rojo al verde, desactivaron los cerrojos, desenroscaron las mangueras y se fueron vistiendo sobre sus uniformes.

—Da media vuelta, Malkiel. Esta noche son peores, agresivos. Los habremos disuelto en media hora.

El anciano se apoyó en su brazo y sonrió tiernamente.

—Se me ha olvidado el paraguas, hijo. Dame un minuto y será como si nunca hubiera venido.

Tajima protestó con energía. Él ejerció presión sobre su brazo mientras su sonrisa se volvía más y más edulcorada.

—Todavía guardo recomendaciones para ti, Tajima. Con el alcalde, el gobernador, la jefa de prensa...

La luz del guardia bajó hasta iluminar sus botas, que emergieron de la oscuridad como

cabezas de cocodrilo. El hombre titubeaba. Malkiel palmeó su hombro y le dejó mientras pensaba su respuesta. Una gran nube servía de bandeja de plata a la luna. Con la precisión de un alfiler, solo Polaris atravesaba las regiones de polvo y suciedad en el cielo silueteado de edificios. Sus zapatos se embarraron en una senda iluminada bajo el carnaval de luces eléctricas. Los seis o siete guardias habían mirado a otro sitio mientras pasaba. Mantuvo la cabeza gacha, sin fijarse en la acción allá arriba. En su penúltimo viaje había descubierto lo mismo a menor escala. Una fuga de reflejos bailarines en dos bandos, feroces, alimentándose de la energía de su opuesto. A veces, entre las llamaradas reconocía rostros familiares.

April se acurrucaba entre los brazos de un olmo. La noche profunda enfangaba el sendero, pero bajo las manifestaciones nucleares vio su imagen oscilar a saltos, con la cadencia estroboscópica de los jóvenes en las discotecas. Abrazaba sus piernas, reducida a un cuerpo diminuto, se mordía el pulgar, pasaba su larga melena por detrás de sus finas orejas. Faltaba poco para que a sus ojos se asomara el llanto. Una vez más, los guardias no la habían reconocido.

Él la vio primero. La niña se levantó con cuidado de no rozar las ramas más bajas. La tomó de la mano y hubo un largo abrazo mientras sobre sus cabezas una fiera de Malasia y la figura moribunda de su padre, herido por arma blanca, se fundían en un desfile de colores. Rompió su regla y miró arriba. El paisaje de todos los pueblos por los que había pasado, los vecinos que se encerraban en su casa, temerosos de la llegada de la Tejedora y su tripulación, la máscara metálica burlona del Gran Yrram, el maldito engendro que le había arrancado las piernas, se abocetaban un momento nada más, luego sus trazos desviaban sus ángulos e inclinaciones, los círculos se abrían a las líneas, las paralelas se despedían y otra pequeña parcela de la memoria se ocupaba.

Sí, navegaban allá arriba como él en la Tejedora, primero de grumete a órdenes de su padre, luego de capitán, al final de remolcador de un aparato destartado y descolorido, espejo de sus años. Partículas extrañas cabalgando ondas de choque que sacudían el aire con la potencia de un reactor. No faltaba

ni April, la excepción fundamental, el *strangelet* que respiraba y caminaba como él mismo. Sólo de cerca uno apreciaba las alteraciones de materia que volvían su piel tan fina y delicada que temía atravesarla como un fantasma. Por mucho que deseara acudir a conciertos o bailar en fiestas, una fuerza más poderosa la reuniría siempre junto al resto de *strangelets*, los fotogramas que definían su propia vida.

Se separó de su hija y le revolvió el pelo con cariño.

—Perdona. Al ver los agentes busqué un escondite, como tú me enseñaste.

—Perdona. Prometo buscar una solución.

Hablaron al unísono, y unas sirenas interrumpieron lo demás. Tajima no podía seguir reteniendo a los nuevos efectivos.

Al registrar el perímetro la guardia sólo encontró unas huellas estampadas en el barro reseco. Por la distancia entre pasos y la forma en que se imprimían, un experto dictaminó que se habían alejado a la carrera.

La cabeza del Gran Yrram, la Tejedora, los vecinos de tiempos pasados, aún resplandecían en el cielo nocturno, a imitación de los neones informativos del departamento de tráfico, la publicidad estática y móvil y la brillante señalización urbana que no dejaba que la noche lo fuera por completo. La metamorfosis continua de bosquejos permaneció en lo alto un rato más, hasta que las fuerzas especiales cumplieron al fin su cometido. Fue la última vez que la ciudad los divisó en el horizonte.

Dos horas después un juez autorizaba el registro de su casa. Dentro, a la policía le sorprendió un aroma indistinguible. Los enseres del piso caídos por el suelo, la mayoría rotos, la ropa hecha jirones, no daban cuenta de sus habitantes. En el recibidor, humeaba un cráter de dos metros de diámetro, signo de una combustión que había consumido la madera del suelo hasta mostrar el material aislante de debajo. Según la hipótesis más plausible, los *strangelets* nucleares de los motores de la Tejedora, que también faltaba en el hangar, se habían llevado a Malkiel a la tumba, pero siguieron buscando. Al principio el presidente dirigió el operativo en persona, hasta que otros asuntos le requirieron. Sólo los

más beligerantes miembros del congreso reclamaron explicaciones. Luego hasta ellos se aburrieron, y cuando los medios de comunicación cubrieron otras noticias, tan sólo uno o dos jóvenes investigadores recopilaron en sus archivos las pruebas y conclusiones de la policía científica.

Quizá alguno de ellos, en el futuro, razone, según los datos obtenidos, que en contra de las tesis de su época, el viaje hacia el pasado es factible. Y que Malkiel y April se habían ido, juntos, a un lugar y un momento en que ella vivía con su marido y él descansaba en compañía no de un espectro atómico, sensible pero ilusorio, sino de su hija, encarnada y real. Todavía con fuerzas para el *jet lag* del último viaje.



El mensaje extraterrestre

Aldo Galindo

Sencillamente era increíble que estuviese sucediendo... El radiotelescopio de Arecibo había recibido un mensaje que provenía desde más allá de los límites del Sistema Solar, en las adyacencias de una lejana estrella, situada a unos 15.3 pársec de nuestro planeta. El proyecto SETI había rendido sus frutos, la humanidad había hecho contacto con otra civilización inteligente en el cosmos. Después de todo, no estábamos solos en el universo.

Paradójicamente, no había sido muy difícil descifrar el lenguaje del mensaje, puesto que venía transcrito en un idioma computacional que atendía a una nomenclatura matemática no tan compleja. Los superordenadores terrestres necesitaron solo unas pocas horas para realizar la labor de descifrarlo. Además, el mensaje era breve: tan solo contenía un saludo amigable de una lejana civilización. La cual, como supimos posteriormente, era mucho más antigua y mucho más avanzada intelectualmente que nosotros. Todo ello fue determinado por los diversos especialistas que estudiaron el contenido del prodigioso mensaje extraterrestre.

La comunidad científica internacional se dispuso inmediatamente a realizar estudios espectrales sobre la estrella de donde parecía emanar el mensaje. De igual forma, muchos astrónomos se dedicaron a recabar la mayor información científica posible sobre los exoplanetas que orbitaban aquella remota estrella, mientras que muchos otros especialistas se dedicaron a la importante labor que significaba dar una oportuna respuesta a la inusitada civilización espacial. La respuesta de la humanidad tardaría casi 50 años, viajando a la velocidad de la luz, para poder llegar a sus destinatarios. Resultaba obvio que nuestra respuesta debía ser enviada en el mismo lenguaje encriptado: esta cuestión había quedado delegada en los superordenadores terrestres y era un asunto aparentemente sencillo.

Para responder al saludo de las estrellas

un gran número de eruditos, técnicos y políticos se dedicaron a redactar un sinnúmero de posibles respuestas para el mensaje de aquella desconocida raza inteligente. Pasaron varios meses antes de que los especialistas se pusieran de acuerdo en el contenido que debía llevar el mensaje, puesto que esta sería la carta de presentación de la humanidad y, como tal, debía representar a todos y cada uno de los seres humanos; sus culturas, credos, posturas políticas, entre otros tantos asuntos particularmente relevantes a la hora de enviar un mensaje que simbolizase a todas las razas. Al final, se designó una comisión multilateral que redactó un mensaje sencillo de paz y cordialidad. Pero días antes de remitir el mensaje, se acordó anexar un conglomerado de inquietudes y preguntas dirigidas a aquellos seres espaciales. La mayor parte de las preguntas versaban sobre asuntos de interés científico.

El mensaje humano fue enviado satisfactoriamente. Nuestra carta de presentación viajó a través del cosmos en forma de ondas electromagnéticas para arribar a su destino al cabo de 50 años desplazándose a la velocidad de la luz. Alegres y satisfechos, estimábamos que en otros 50 años obtendríamos un segundo mensaje de nuestros vecinos racionales que habitaban aquel apartado astro en la inmensidad del cosmos.

Trascurrieron los años y al fin llegó el día en que la civilización foránea dio respuesta a la humanidad expectante. Todos los habitantes en la Tierra estaban muy excitados por conocer las respuestas a las preguntas que se habían formulado. La comunidad científica se preparaba para sus labores, una vez que los seres espaciales revelaran algunos de sus desarrollos tecnológicos. Los políticos debatían intensamente sobre las posturas y los ideales que posiblemente operaban en aquel lejano sistema planetario: algunos afirmaban que allí imperaba la democracia, otros consideraban que unas mentes tan adelantadas solo podrían vivir en régimen comunitario, mientras que algunos esperaban que nos sorprendieran con un nuevo sistema político y que éste fuese útil o de alguna manera aplicable a la sociedad humana. Por otra parte, el clero se preocupaba por las connotaciones religiosas que podría desencadenar la respuesta de los seres

espaciales: ¿se atreverían a contradecir la palabra revelada?, ¿adorarían falsas deidades?, ¿serían agnósticos o ateos?

Los seres espaciales tuvieron la amabilidad de responder a todas y cada una de nuestras preguntas. Revelaron algunos conocimientos científicos, que para nosotros resultaron ser maravillas tecnológicas desmesuradamente innovadoras. Expusieron detalladamente un complejo sistema político que nadie comprendía en la Tierra, ahora los politólogos tenían el compromiso profesional de desentrañarlo, y hacerlo potable o digerible para el entendimiento del ciudadano común. En lo referente a las cuestiones de índole espiritual, los seres espaciales no supieron comprender nuestros "extraños" interrogantes. Esto fue interpretado de diversas formas por las distintas iglesias y creencias de nuestro planeta, pero todas ellas, rápidamente, expresaron que aquellos pueblos espaciales debían ser evangelizados. Pastores, reverendos, rabinos y obispos se consagraron al estudio de la radioastronomía, con el objeto de predicar el evangelio a través del cosmos.

Finalmente, y antes de cerrar con un pacífico mensaje de despedida, los seres espaciales juzgaron oportuno plantear una serie de preguntas a la humanidad, tal y como nosotros lo habíamos hecho con ellos. En este sentido, aquella recóndita civilización se dirigió a nosotros con las siguientes palabras:

"Vemos que la humanidad se interesa por asuntos práctico-tecnológicos, y también por asuntos de orden social, a los que esperamos haber dado respuestas satisfactorias. Ahora bien, nosotros atesoramos la esperanza de que ustedes nos puedan orientar con las preguntas que nos aquejan desde el principio de nuestros tiempos, a saber: ¿Por qué existe algo en vez de nada? ¿Qué es el universo? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Ayúdenos, por favor... ESTAMOS DESESPERADOS!"

Rastrillo de lecturas #2

David Sigüenza

Cuando, casi al final del libro, me sorprendí a mí mismo intentando recordar dónde había oído hablar previamente acerca de la leyenda marinera de los peces rojos con rostro humano, caí en la cuenta de que estaba disfrutando de una buena lectura. Evidentemente, se trata de una superstición inventada por el propio autor al principio de la segunda parte de la historia, pero que había resultado tan cautivadora que yo la había incorporado a mi acervo y, al volverla a encontrar 150 páginas después, me produjo la curiosa sensación de familiaridad benigna que para mí es el signo de algo bien escrito. No lo esperaba, puesto que en la tienda el libro me había producido una impresión más bien mala. Por ejemplo, en la solapa se resume de manera poco reconfortante como: "un libro que se compone a sí mismo cuenta su propia historia". Además, el diseño de la portada es más propio de una edición juvenil, con su muchacha semidesnuda y todo. Aun así, pagué 5 euros por él, un poco por puro vicio de coleccionista y otro poco porque encuentro cierto placer en destripar un mal libro como lo parecía éste.

Al principio me provocó cierta mueca mental de disgusto el ir encontrando los nombres que el autor había elegido para su antroponimia y su toponimia, por ser algo ridículos. Sin embargo, conforme avanzaba, me vi envuelto en un mundo construido con alegría y oficio. No se trata de una historia de hard scifi ni lo pretende; sino que más bien el texto fluye como el relato de un romancero futuro... Una vez terminadas sus nada pesadas 261 páginas, sólo puedo concluir que he disfrutado de lo lindo con *El libro de la Tierra Negra* de Carlos Gardini. Ahora incluso me gustan los nombres de los personajes... Lo recomendaré a aquéllos que disfruten de

historias de fantasía pobladas con mutantes, tiranuelos tecnológicos y científicos excéntricos; novelas donde nuestra aburrida sociedad ha sido abolida por poderes paranormales, pasiones extrañas y distopías mesiánicas.



Muchos de estos elementos aparecen también en el clásico *El mundo de los No-A* (yo he leído la versión inglesa: *The world of Null-A*), de Alfred E. van Vogt. El estilo, en cambio, es muy distinto: en lugar del lenguaje juguetón y el ambiente fantástico, encontramos acción a raudales en diversos escenarios surrealistas y misteriosos, descritos en un tono que pretende ser riguroso y casi técnico. La dotación pertinente de retorcidos malvados hace valer su ambigua ética dentro de una trama en la

que nuestro incomprensible héroe resulta tan patético como Prometeo encadenado. Sus giros argumentales terminan despistando a todos menos al lector más absolutamente concentrado. De pronto, llega el final y, ahora que lo pienso, no soy capaz de explicaros muy bien qué es lo que sucede. Pero no está mal. Creo que la novela pierde mucho de su impacto al leerse hoy en día, cuando ya estamos hartos de leer a Philip K. Dick o al menos de ver *Desafío Total*, *Memento*, *Matrix* y similares.

¡Ah, libros anticuados! Ahora que se ha puesto de moda lo retro, puedo hablaros sin tapujos de cierto tipo de novelitas que devoro con placer. La última de éstas que la crítica más atarácica denominaría quizás "textos con interés meramente histórico" ha sido *Wanderers of time*, de John Wyndham. Se trata de una colección de historias cortas publicadas al inicio de la carrera de este autor imprescindible, más conocido por la genial *El día de los trífidos*. El ejemplar que tengo me costó un euro y luce en la primera página la

cartilla de la King's College Library, con sellos entre 1981 y 1984. No parece que la gente lo leyese mucho antes de ser descatalogado en tan prestigiosa institución. Es una lástima, ellos se lo perdieron.

A través de las capas de aventura y acción que usa con destreza Mr. Wyndham, encontramos ideas realmente impactantes. Como la de la historia que da título a la compilación: una singularidad del Universo, un lugar donde van a parar quienes, viajando en el tiempo, sufren la mala suerte de atravesar ciertas coordenadas espacio-temporales. Esto da pie a la convivencia de individuos de la procedencia más divergente. No es que el tema esté estrujado hasta exprimir la última gota filosófica o humanística posible; más bien los personajes tienen encuentros graciosos con otros seres y corren de aquí para allá huyendo de diferentes peligros y conjuras. Eso sí, todo está contado de manera amena y con grandísimas dosis de imaginación y artesanía.

Otras de las historias cortas, todas publicadas entre 1933 y 1939, prefiguran lo que serán las grandes novelas de Wyndham a partir de los años cincuenta. Hay que reconocer que las últimas son mejores que estas obritas escritas por un principiante con tantas restricciones editoriales; pero, tomadas en sí mismas o con la perspectiva adecuada, resultan como deliciosos canapés que ni sobran ni empachan ni tienen por qué guardar relación con el plato principal.

Transferir nuestro *zeitgeist* a otra sociedad, ya sea en el futuro o en las antípodas, es el principal error que hace que, con el tiempo, una historia quede anticuada. Cuentan que en una entrevista le preguntaron a Gene Roddenberry, el creador de *Star Trek*, si no le parecía ridículo que en el siglo XXIV no se hubiese encontrado aún una cura contra la calvicie, en referencia al aspecto del actor Patrick Stewart, quien da vida al capitán Picard en la serie. A lo cual respondió que él esperaba que para entonces ya no le importase a nadie.

Como ejemplo, tómese este fragmento:

«Pedro soltó un suave silbido al ver a la muchacha.

—Vaya una hurí —dijo por lo bajo.

—En estos tiempos —manifestó Jerry—, hay muchos adelantos, pero me parece, Triks, que tú eres el único que ha conseguido arrancar el grabado de una portada de modas

y hacerlo revivir.

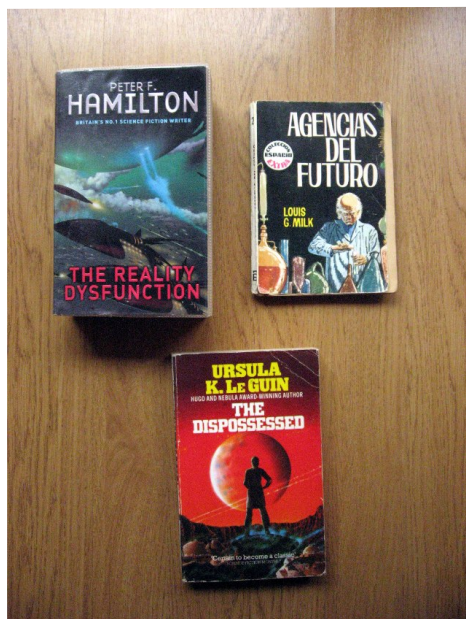
Rona se sintió halagada ante las galanterías que le dedicaban. Triks soltó unos gruñidos.»

Así describe Louis G. Milk en *Agencias del futuro* el encuentro entre cuatro de los mejores operativos de la más grande agencia de información mundial con la hija del ex-director de la agencia rival, también una agente a su vez. Por supuesto, ella es la que sirve el café mientras preparan una operación secreta que cambiará el rumbo de la historia. A tan importante reunión, Rona (la chica) acude ataviada con «una simple blusita, anudada a la altura del estómago, y unos shorts muy ceñidos a sus generosas caderas». A Rona le gusta vestir así: en todas sus escenas selecciona ropa tal que no sea «suficiente para ocultar las generosas proporciones de su pecho bien contorneado, de un talle increíblemente delgado y flexible y de unas caderas de ánfora». En realidad, la otra agente que aparece en la historia, Lucy, comparte su gusto por los modelitos descocados, así que supongo que debe ser cosa de la moda del futuro.

De los personajes masculinos no sabemos apenas nada más que su nombre. Cincuenta años después de su publicación, sorprende imaginar que sobre los hombros de estos gañanes de barra se encontraba depositado el futuro de la humanidad. Pero era otra época y Luis García Lecha (verdadero nombre del autor) salía a más de una novela por semana para poder vivir de esto. Llegó a publicar más de dos mil “bolsilibros” en Toray y Bruguera, casi un tercio de ellos con temática de ciencia ficción. Utilizó los pseudónimos de Clark Carrados, Glenn Parrish y Louis G. Milk, tan conocidos para los aficionados a la literatura de baratillo.

A través de la urdimbre de sus entimemas obsoletos se teje una trama de mujeres descritas con profusión de detalles lujuriosos, una y otra vez, aun cuando no hay espacio para otra cosa en el bolsilibro de turno; un futuro siempre igual al presente soñado por todos los dictadores de su época, excepto por tres o cuatro juguetitos tecnológicos que simplemente reemplazan objetos ya existentes por sus versiones mejoradas pero igualmente familiares; un final en el que sus castos protagonistas literarios se casan como Dios manda, nada más ser

rescatados del resquebrajamiento del asteroide donde sobrevivían como náufragos en sus escafandras de emergencia...



Diez años más tarde escribía Ursula K. LeGuin su novela política *Los desposeídos*. La señora inspira más o menos simpatía, según, pero está claro que piensa en profundidad, planea en detalle y produce cariñosamente sus libros. Su impresionante trilogía fantástica (luego aumentada a penta o incluso hexalogía con menos fortuna) sobre Terramar (Earthsea) es su obra más conocida en España. *Los desposeídos* no ha sido construida con simbología tan rica ni su significado se hunde tan profundamente en las teorías psicológicas del siglo XX: se trata de una utopía anarquista, sin tapujos, sin relecturas. No es un ensayo dialogado al estilo de *Walden Dos*: su forma ha sido pulida mucho más allá. Sin embargo sí comparte con B. F. Skinner la honestidad o el pundonor de mostrar, junto con el ideal, las grietas de la "Ciudad del Sol" construida en sus páginas.

Eran los años setenta y los buenos escritores se dedicaban a meditar sobre estas cosas y a trabajar en lo que escribían... A todo esto, se me plantea una duda: ¿qué nos dice sobre la sociedad actual la novela contemporánea, sabiendo, por las lecturas de rastrillo, que las obras de otras décadas reflejan su tiempo tan a las claras? Concretamente estoy pensando en *Reality Dysfunction*, de Peter F. Hamilton, un tocho de más de 1200 páginas. ¡Y resulta que sólo es la primera parte de una trilogía! Empieza como una entretenidísima historieta del espacio, llena de acción y descripciones imaginativas de una sociedad futura no tan diferente como

para resultar alienadora, pero lo suficientemente intrigante. La trama se va hinchando con personajes más o menos prescindibles, de situaciones que recuerdan una y otra vez a capítulos de *Star Trek*, de enigmas aburridos, de acción descerebrada... Infla que te infla hasta que aparecen los zombis (¡¿!?) y el invento revienta y la lectura aletarga hasta al lector más crédulo.

No voy a decir que sea mala. Supongo que si hubiera tenido alguna ligera idea de lo que me esperaba me lo tomaría de otra manera. Porque oficio tiene. Exactamente el mismo tipo de oficio que Louis G. Milk. Solo que a uno le publicaban un bolsilibro cada 150 páginas tecleadas, todas las semanas, y al otro le encuadernan diez de esos de una tacada. En el texto, la misma pornografía descafeinada, los mismos garrulos astronáuticos y los mismos correcales. Levanto la cabeza y miro a mi alrededor: ¿en qué año estamos?

Personalmente prefiero el chocolate espeso, el café ristretto y mis diversiones escapistas en tomitos pequeños, que quepan en el bolsillo. Y una dosis de Ursula LeGuin de vez en cuando.

Otro día os cuento más.

Libros mencionados

Carlos Gardini, *El libro de la Tierra Negra*, Equipo Sirius – Colección Tau, 2001.

Peter F. Hamilton, *The reality dysfunction*. Pan, 1997.

Ursula K. LeGuin, *The dispossessed*, Grafton Books, 1975 (reimpresión de 1989). La única edición española que he encontrado es *Los desposeídos: una utopía ambigua*, Minotauro, 1974 (con varias reediciones/reimpresiones hasta 2002 al menos).

Louis G. Milk (Luis G. Lecha), *Agencias del futuro*, Toray – Colección Espacio Extra, 1964.

Alfred E. van Vogt, *The world of Null-A*, Sphere Books, 1971 (reimpresión de 1974). Parece ser que la edición española es *El mundo de los No-A*, Acervo Ciencia/Ficción, 1975.

John Wyndham, *Wanderers of time*, Coronet, 1973 (sexta reimpresión de 1979).